

—Bueno, y ¿cuál es tu urgencia? — le pregunto ya, para salir cuanto antes del asunto.

— ¡Mi urgencia! , coño, eso te digo yo a ti. Ahora, por lo menos la ciudad entera puede dormir tranquila después que despacharon a los hijos de puta esos. El sábado y el domingo quise pasar por tu casa y nada, carajo, ahí no podía pasar nadie.

—Ah sí... — Le digo, al punto, casi de desesperarme.

—¿Cómo que, ah sí? . Ahora te la tiras de sangre fría, de campante... ¿y los guerrilleros?

—A saber... Anda y pregúntaselo a los del G2, yo sólo sé que se las jactan de patriotas. ¿Habrás leído el comunicado, no?

—¡Qué si lo he leído, carajo! Si los hijos de la grandísima puta exigieron que fuera radiado, televisado, publicado, cantado, bailado, festinado, mientras los tenían a ustedes secuestrados. ¿Quieres que te lo recite de memoria?

—Gracias, no; ahórrate el esfuerzo.

—Ninguno, compañero, se lo recité esta mañana al Ministro de Gobierno: “Hoy dos palabras recogen la larga lucha del pueblo panameño contra las fuerzas extranjeras acantonadas en la Zona del Canal, BASES NO..., grito que se escucha...”

—¡Basta!, — lo interrumpo —¿qué hubo esta mañana?

—Nada; una reunión de esas de todos los dueños de estaciones de radio, canales de televisión, periódicos, radio-periódicos; etcétera, etcétera.

—¿Y?

—Lo que suponíamos: que, a partir de hoy, sólo musiquita y programitas pendejos y prohibido terminantemente comentar las negociaciones, la economía nacio-

nal, los asuntos estudiantiles, los proyectos estatales, bueno, ya tú sabes, carajo, lo que eso significa.

—La mordaza, por un tiempo, al menos.

—¡Bravo!, adivinaste, hermano. Tío Conejo se queda tachuela a tu lado.

—Tarde lo descubres, viejo.

—Lamebotas, nunca, coño; sólo un comentario y tampoco es como para que reacciones como si te hubiera dicho que eres la Gran Mierda.

—Oye, un poco de respeto a Marta.

—Bueno, ¿y? ¡Qué se vaya a donde le corresponde! ¿Ah, Martita? ¿Se marcha, usted y nos deja al jefe y a mí solitos por'un rato? Ande rápido, que yo friego mucho con la lengua, niña. Virgen y mártir, ¿no es cierto, muñequita?

Pero Marta, en ningún momento se da por aludida, mejor dicho, no se inmuta y continúa desplazándose por el cuarto, recogiendo papeles, periódicos, documentos y ordenándolos cuidadosamente sobre el escritorio y sólo cuando opina que ha terminado su trabajo se despide de Garrido, enciende un par de luces y se marcha. Y yo, Mariana, te confieso que siento un alivio inmenso, casi como si me hubiera quitado un zapato apretado, y, ya con más calma, que es como decir, ya sin sentir que Marta está aquí, leyendo por encima de mi cabeza lo que pienso, me pongo a observar a Ferrari y es bien feo este hombre, sí, feísimo con una nariz que es un mismísimo adefesio largo, ancho, colorado, con los poros bien abiertos.

—Oye, mira, viejo, esto del secuestro. — me decido a hablarle del tema — esto del secuestro es una historia algo insípida; nada de espectacular, como la gente cree; digo, nada digno de tu programa matutino: sesenta horas sentado en un rincón del comedor muriéndote de

miedo, comiendo sobras, heladas, de la fiesta, durmiendo en el mismo sitio y sólo levantándote para ir al servicio que hiede a mierda putrefacta y eso con la guerrillera que te apunta cuando orinas. Eso es todo...

—No friegues, — me interrumpe —, tampoco te hagas el super-macho porque si alguien se jodió fuiste tú, carajo, que la casa te la dejaron hecha un excusado, que yo la ví ayer al mediodía cuando todos se largaron a Tocumen. ¿Y los que mataron?

—No sé nada. Estábamos en cuartos separados y sólo me enteré cuando vi entrar a los de la ambulancia.

—¿Cambiarán lo de las bases?

—Te he dicho que no sé nada, carajo, absolutamente nada.

—Ya. Supongo que ésa es la consigna.

—Si tú quieres...

—Hijo de tu padre, desgraciado. Supongo que a ti también te llamó el Ministro, ¿no? y desde ahí a narrar anécdotas pendejas, se ha dicho.

—Di tú...

—¡Grandísimo güevón! Y yo que hice campaña por la radiodifusora para que el Gobierno aflojara la chichigua, para que no te mataran. Por mí, por mí, óyelo bien, fue que entregaron los tres millones; por mí, maricón, es que estás vivito para contar el cuento.

—Se te agradece, viejo, y favor con favor se paga. Lárgate de una vez que estamos vigilados.

—¡No me cuentes!

—Cómo lo oyes. A los del G2, no se les escapa ni una, ni una —. Y lo veo alejarse por la puerta de la misma forma que entró, bruscamente, digo, sin despedirse de nadie y sólo escucho que Marta, muy cortésmente, le dice un hasta la próxima, Señor Ferrari, y estoy seguro que eso es lo último que él hubiera deseado oír

esta mañana.

Garrido ha vuelto a quedar solo, se levanta, nervioso, y da unas cuantas vueltas alrededor de su despacho. Una vez, nada más, se detiene, apaga las luces que encendió su secretaria y ya en la semioscuridad de antes va hacia el escritorio, se sienta y vuelve a revisar el resto de la correspondencia que le ha llegado esta mañana: un par de contratos, cuentas por cancelar, Los Ejecutivos de Empresa que anuncian un próximo seminario en el Hotel *La Siesta* y la publicación mensual del Club Unión con la consabida fotografía del álbum de recuerdos y, ahí, en esa foto, los veo a todos, amor, a tus primos y mis primos y los primos de tus primos y mis primos, sonrientes después de un par de tragos, vestidas, ellas, de pollera y ellos de montuno, celebrando el carnaval y yo calculo que esto debe haber sido una noche de domingo hace ya muchos años, cuando allá en el antiguo Club se celebraba aquel desfile de polleras y todo el mundo, correcto, todo aquél que es mundo, entraba lentamente, en ritmo cadencioso, y se iba colocando en la gran rueda y las polleras se iban abriendo como inmensos abanicos de holán de coco u holán de hilo blanco y los encajes y los diseños se desplegaban y ahí estaban todas, Mariana ¿las recuerdas? tú que las conocías bien y las ibas nombrando de corrido: la surcida en rojo, heredada seguramente de alguna bisabuela, la bordada en azul o amarillo, la marcada en punto de cruz, la aplicada con calados de chinchito, soles, ojito de muñeca, jazmín, cañita, cama de Benilda, cama de María o pellizcao, y al llegar aquí hacías aquella larga pausa, exhalabas y si alguien te lo pedía, continuabas, la bordada en talco en sombra, talco al sol, talco con calado y tú y yo sabiendo perfectamente que se trataba de un jueguito jactancioso para

derrochar el tiempo, algo así como para hacer resaltar la estupidez de las matronas, cierro los ojos, me palpo el rostro, la nariz algo quebrada, los pómulos, los labios, el dolor lo tengo ahora fijo, en las sienes, tú y yo, amor los dos en Panamá de vacaciones, tú y yo, los dos adolescentes todavía, asomados sobre la barandilla del segundo piso del antiguo Club, observando, atentos a la entrada de las comparsas durante aquella noche de agosto del primer carnavalito, me limpio el sudor de la frente, y los fotógrafos enfocando a Wilson cuando él intentaba dar algunos pasos de tamborito y la música tocando a todo vapor que es como decir a f-u-l-l y Lolita Quezada, de pie, inmóvil, en un rincón de nuestra casa, mirando a su conjunto palmar, bailar, cantar: Panameño / Panameño / Pa-námeño, / vida mía, / yo quiero que tú me lleves / al tambor de la alegría / y tú, amor, y Queta, también, la pecosa Queta, la pelirroja Queta que salían a bailar con Wilson, it's quite simple. Mr. Ambassador, just follow us, quite simple y él tratando inútilmente de seguirlas cuando llegó la hora de los tres golpes del tambor y éste llamó, seductivo, hechicero, cautivante, tacatacatantan — tacatacatantan — tacatacatantan y todos, incluso, Wilson, delirantes, bailando, luego, la cumbia alrededor de la piscina, cada uno con una vela encendida en la mano y aquellas luces, parpadeantes, reflejándose sobre las aguas, iluminando el tronco de las palmeras del jardín y la brisa cadenciosa, meciendo suavemente las hojas y los mangos y los limones y las naranjas y la luna, inmensa, fija, penetrante, devorando nuestros cuerpos, mejor dicho, encendiendo la pasión en esos mismos cuerpos y tú y yo, adolescentes, sentados en aquellas sillas duras de madera, aquellas sillas antiquísimas que habían sido cien o mil veces repintadas de blanco o de celeste y, ahí, junto a nosotros, las

tías-solteronas y las abuelas-viudas y las madres-divorciadas, las desplazadas, en fin, de todo efervescencia o erotismo, con sus grandes abanicos y sus rostros de nueces, maquillados en exceso, lanzando comentarios perniciosos, ¿te has fijado, Julieta, que a Graciela le hace falta la pajuela y los dolores? y estos comentarios que venían a interrumpir nuestra inocencia y aquella Julieta que en verdad, no escuchaba ni intentaba, tampoco, escuchar a Doña Berta porque estaba ocupadísima calculando los quilates de los rubíes de los zarcillos de Marcela y allá lejos, en un rincón muy apartado, la Niña Guillermina a quien, unos, daban por requeteloca y, otros, por simplemente atravesada, vestida con hábito de carmelita moviendo constantemente los labios en lo que cualquiera hubiera dicho que era el rezo de un rosario de quince misterios, pero, qué va, tú y yo sabíamos de sobra que ese cualquiera se hubiera equivocado porque lo que hacía la Niña era enumerar las cadenas de oro y los adornos de cabeza y las otras joyas de nuestro traje típico: la cadena chata, la bruja, la chata abierta, la solitaria, la media naranja, la cola'e pato, la salomónica, la guachapalí o pepita de melón con su escapulario, el rosario, el cordón de mosqueta, el tapahueso, las peinetas de balcón liso, balcón con perlas, balcón con brillo, el peinetón, los zarcillos, las dormilonas, las mosquetas, los botones de filigrana, la roseta de perla, las mancuernas, los botones de enaguas, la tostada, las esclavas y las semaneras, las sortijas, las hebillas, el monedero y los quince pares de tembleques / y todo es de oro y perlas repetía, todo es de oro y perlas / y así volvía a comenzar mientras que la reina de los carnavales, allá abajo, bailaba, retozaba, se hacía, al son de la música, una sola trenza de preferencias y apetitos y se subía y se bajaba de las sillas y las mesas y

se volvía a subir y volvía a bajar y^a seguía bailando, bailando sin parar ni un momento y Mrs. Wilson que a eso de las diez y media dejaba de bailar la cumbia, apagaba la vela, se salía de la rueda y le hacía una señal a su marido y los dos a un tiempo se acercaban y una vez más Queta y yo escuchando aquél thank you, both, for a lovely party, I shall give you a ring tomorrow morning y, a los pocos minutos, los guerrilleros penetrando en la casa como fieras y las balas rebotando en las paredes, quebrando vasos, botellas, ceniceros y el Ministro Ramírez y Juan Alberto Rivera corriendo, como muchos, hacia el jardín, tratando inútilmente de saltarse la tapia como maromeros que no eran, o de esconderse entre los árboles, Mariana, Marina, María — Amor, porque pocos, o mejor dicho, nadie sabe con excepción de los malditos guerrilleros, repito tu nombre, eso es, nadie sabe que la casa nuestra es como una ratonera, sí, amor, como una trampa de ratones y que ahí sólo se entra y se sale por tres sitios — la puerta principal, la del servicio y los garajes — y estos lugares fueron tomados de inmediato y fue en ese instante, ¡contra! , cuando hicieron su entrada los otros guerrilleros — los siete restantes — portando las bolsas de plástico, repletas de comida, los termos con agua, los cigarrillos y esa porción de cosas más que nunca supe qué era y uno a uno, ellos nos fueron llevando a punta de fusil hasta el salón y a las mujeres y a los del conjunto típico y a los empleados de la casa y a los mesoneros los sentaron en la gran alfombra — la oriental que compró Queta a tan buen precio en la Zona Libre — y yo buscándote y buscando, también, a mi mujer con la mirada y ella tragándose rápidamente, no sé ni cómo, el solitario de brillantes y creo que hasta los aretes, todo sin eructar siquiera y Maruca González, cabrona, que caía presa de

un ataque de histeria y luego aquél ¡Ustedes, traidores — vendepatria, contra la pared y pongan los brazos en alto! y el grito ibases no! , óigalo bien Garrido, ieso nunca! , y el resto de los hombres, digo los invitados, inmóviles frente a aquella pared blanca durante lo que fue o nos pareció ser toda una noche o, mejor dicho, las mil y una noche y el corazón que se nos salía por la boca, mientras que los guerrilleros se daban gusto revisándonos y con ese fin, manoseándonos y casi desnudándonos, y Toti Jiménez, el pobre desgraciado, que de puro pánico se cagó en los pantalones. Sólo tú, Mariana, parecías ajena a todo aquello y era como si en ti los relojes se hubieran detenido y ese presente fuera lo único a lo que aspirabas y hasta el secuestro fuera una necesidad, eso es, la fuerza matriz, para ubicarte de pronto en una cima o en un estadio desde donde pudieras cambiar tu piel inmediata, como hubiera dicho tu amigo Carlos Fuentes, por otra más sensible, capaz de percibir más allá de tu propia realidad que tal vez sin que yo me diera cuenta, hacía ya rato que había comenzado a hastiarte y todo esto se me reveló mientras estaba ahí, con los brazos en alto, coño, con el cañón de la metralleta en las costillas y escuchaba tu voz pausada, dialogante, completamente ajena al fastidioso determinismo de los guerrilleros: una voz, en fin, que era yo-tú-él-ella-nosotros-vosotros-ellos-ellas, todos, a un tiempo juntos, conectados por un mismo cordón umbilical al mundo, despertando deseos en rotación y desembocando en un coito multihumano e infinito que poca o ninguna relación guardaba con el universo trunco de tu abuela y de tus tías-solteronas y de todas o casi todas las mujeres como Queta con sus anteojos oscuros y su exquisita cultura de revistas y ahí, también comprendí lo que habías intentado decirme con aquello de que no

hagas de eso una empresa, deja que el asunto fluya y no sé por qué te recordé de pronto, tirada allá en la playa de Fuerte Amador durante aquel verano de los diez y ocho o veinte años y a tu lado y contigo a cada instante durante esa época aquel hombre alto, delgado, rubísimo, nada más ni menos que un vikingo, que había venido contigo de los Estados Unidos y que unos decían que era tu amante, sin que nadie llegara a comprobarlo porque para esos años tu abuela Lucía, la del nacimiento de las figuras importadas y los relojes de quién sabe cuántas épocas y las máquinas de coser de manivela, pedal y motor y las cajas y cajitas de música, ya había muerto y tu familia, o sea, las dos tías-solteronas, se habían vuelto aún más silenciosas y se habían ido del barrio, así, igual que tú, sin despedirse de nadie, trasladándose a esa casa con techos y techitos y decenas de habitaciones oscuras donde sólo las criadas entraban una vez al día y eso sólo para limpiar y tú habitabas dentro, con y sobre todo esto, impávida, que es como decir que a cada instante hacías pleno ejercicio de tu inmensa, de tu ilimitada soledad, Mariana.

Es casi mediodía. Garrido levanta el rostro. Cinco años antes, él había sido un hombre para quien, probablemente, las horas no significaban mayor cosa; ahora era una cadena de costumbres. Pero Tito hace un esfuerzo por aceptar que es mejor así y esboza una leve sonrisa, borrando con ese gesto cualquier impulso que haya todavía en él por recobrar los derechos perdidos con el matrimonio. Era mejor así. Mejor. Enciende lentamente un cigarrillo y llama por el intercomunicador a Marta:

—¿Sí, don Tito?

—Saldré a almorzar; no ordene la lasagna.

—Gracias por avisarme.

Dado el mensaje, se mece varias veces en el sillón giratorio y mira hacia las cortinas. Era preciso descorrerlas. El cuerpo nervioso de hace unos instantes parece haber recobrado momentáneamente la compostura. Afuera, ya no llueve y el cielo está azul y él sabe lo bien que le haría una caminata bajo el sol. Entonces, le viene a la mente la frialdad de Queta, la sonrisa compuesta de su mujer, cierra los ojos, el abrazo sin ternura de Queta, los abre, y se hace a la idea de que debe haber algo en ese cuerpo joven que pueda atraerlo todavía. Se pone, entonces de pie y se mira reflejado en los cristales. Había que echar a un lado cualquier brote de idealismo idiota. El abrazo impersonal de Queta era lo que él necesitaba; si, lo que le daba fuerzas, lo que le devolvía el equilibrio que perdiera con Mariana cuando su cuerpo tomó por el camino de la intimidad, de lo espontáneo, del anhelo de caricias en la grama, inhala, deja salir, despacio el humo, pero, no, qué va, ya no debe seguir con ese juego, ya basta de pronunciar el nombre ése, ya basta, basta digo, se pasa otra vez el pañuelo por la frente, comprende, mujer, comprende, golpea la frente sobre los cristales, aquí me tienes como soy, un extranjero que ya no reconoce ni su propio mundo, baja la cabeza, aquí me tienes abandonado a mis temblores, a estas contracciones horribles de la cara, se afloja la corbata, ya no puedo más, ayúdame, se abre el saco, tu nombre, lo repito, otra vez, di que estás aquí, sí di, que estás en la yema de mis dedos, que te tengo, amor, que te recobro, que te aprisiono con la memoria de mi tacto: tus mejillas calientes, tus labios carnosos, tu barbilla pronunciada, y Tito Garrido, avergonzado, no ha podido dominar las lágrimas que se le escurren, apretadas, entre los párpados. Hacía años, ¿verdad?, que no lloraba. ¿Hacía cuántos? no llores, Tito, no es cosa de hombres,

pero no importaba lo que su madre le decía porque eran días felices éstos, días cuando de pequeño el llanto brotaba porque sí y porque no, también y él encontraba un placer oscuro, un placer morboso, casi, en sentir la boca invadida por aquel sabor salado, delicioso, sabor a infancia, Mariana, sabor a horas jugando con el carrito de latón y el tren eléctrico y los soldaditos de plomo, saco, una vez más, como obsesionado, tu fotografía, te observo, pestañeo y miro, confundido, hacia fuera donde cientos de automóviles circulan por la Via España, oigo el estruendo de las bocinas, de los frenazos, de las bocinas otra vez, un solo chirrido áspero, y los buses que se detienen a recoger a los que salen, apresurados de las oficinas y yo sigo pensando en ti y aceptando que tal vez son inútiles los esfuerzos que hago por recobrar la medida, el recato, la prudencia, mujer, que tú, tan campante, me has arrebatado, y luego en mis hijos, en lo que tú y yo y todo el mundo se hubiera evitado si cada cual hubiera ignorado su brote de locura, si cada cual hubiera seguido su camino, amarrado, como nos corresponde, a un destino mediocre de cuentas a medias, de comidas rutinarias, de camas compartidas por dos cuerpos indiferentes a cualquier sentimiento ebrio, febril, desordenado, y es que tú has sido mi maldición, mujer, sí, te lo digo sin rencor, miento, te lo repito, amor, cargado de amargura y permanezco varios segundos, así, inmóvil, respirando este olor a incienso que desde hace veinticuatro horas me persigue y aceptando que es inútil, que no puedo salir huyendo de este presente que sabe a melodrama y que es mejor que termine de fumar este cigarrillo con calma, tal como lo estoy haciendo, sentado en este sillón de cuero, giratorio, y que comience a pensar en el almuerzo que ordenaré al llegar a *Sarti*: Bisque de langosta, scallopín

de ternera a la Marsala y, como postre, un Bocado de la Reina, mi dulce favorito, bien empalagoso, pero, qué carajo, me gusta y me lo voy a comer aunque después me arrepienta porque me deja el paladar pesado, vuelvo a secarme el sudor, me paso el pañuelo por la frente, este sudor que me debe estar manchando las axilas, que me corre por el cuello, Mariana, pero no hace calor en este cuarto, qué va, lo compruebo al observar las ventanas que están cerradas y empañadas y me quedo largo rato mirando cómo un pequeño hilo de agua corre por las grietas que se han formado y es la humedad, claro, dejo el cigarrillo sobre el borde del cenicero para que las cenizas se balanceen en un equilibrio peligroso y sé que debo salir una vez por todas a la calle y no me preguntes por qué pero de pronto ¡concho! , de pronto me acuerdo que tengo treinta y ocho años y que eso ya no le importa a nadie, nadie, nadie, salvo a mamá, tal vez, y por supuesto a Queta porque mañana caeré a la deriva de esa cierta edad y ella seguirá hecha una polla por un rato y ya yo no podré satisfacerla, me palpo los brazos, todavía musculosos, el tórax fuerte, el estómago liso, casi desprovisto de grasa, de celulitis, como diría mi mujer, el ombligo hundido dentro de un bosque de vellos, el mismo vello oscuro que me cubre el sexo y las piernas, en fin, casi todo el cuerpo, Mariana, tu cuerpo y el mío, abrazados, el uno sobre el otro aquella primera noche de agosto, tirados sobre la grama, desnudos, y yo recorriéndote y tú descubriéndome, los dos explorando, ansiosos, los secretos de nuestra piel morena, la tuya húmeda y suave, la mía, tersa y templada y yo buscando, bajo la luna, el calor de tus muslos alargados, mordiendo, a la luz de la luna, la punta, erecta, de tus senos.

—Don Tito, me voy almorzar, — oigo la voz de

Marta que me interrumpe.

—Ajá, está bien.

—Regreso a las dos menos cuarto.

—Bien, Marta; que le aproveche.

—Gracias; lo mismo le digo a Usted.

Y miro el reloj y son las doce pasadas y ya es hora de que me levante de este sillón, digo, que me vaya de una vez por todas a almorzar y lentamente Garrido logra ponerse de pie, se abrocha los botones del saco, se rehace el nudo de la corbata azul marino con lunares rojos que le regaló Queta hace un año para su cumpleaños, se alisa un poco el cabello que hace rato ha comenzado a escasearle a la altura de las sienes y la frente y, mientras lo hace, descubre que todo gesto por insignificante que sea le resulta en esos momentos un esfuerzo. Va, entonces, a su escritorio, busca su cartapacio de cuero y lo llena de documentos que él sabe, de sobra, que no habrá de leer mientras come y, luego, sale rápidamente del despacho y de la oficina de Marta y llama con un índice nervioso al ascensor, preocupado, preocupado siempre de que vaya a acercársele alguien de los tantos que trabajan en las muchas oficinas del edificio. Sin embargo, eso mismo que él tanto teme, sucede y al levantar la vista se da de bruces con la presencia de un japonés joven, menudo, palidísimo, impecablemente vestido de paño crema, un cuello 14 1/2 y manga 23 que le hace una leve reverencia antes de dirigirle la palabra:

—Mis respetos, amigo Garrido.

—Los míos, Tanaka, — le contesto, un poco sorprendido, todavía.

—¿Le puedo preguntar por su distinguida esposa y familia? — Ha hablado, como siempre, con claridad, pronunciando cada sílaba con precisión.

—Todos muy bien, gracias.

—¿Y, Usted?

—Tal como puede ver, muy bien, gracias — Y me lo quedo mirando con un aire de dilo de una vez, ya sé que lo que quieres es hablarme de lo de la balacera, pero, claro que no le digo nada y esto le da pie para que tome la palabra.

—Hay un rumor, amigo Garrido.

—Lo desconozco, — iconcho! , ya viene, como buen asiático, al grano.

—Que el Gobierno, ahora, no va a poner a p|ebiscito el asunto de las bases.

—Yo diría, de plano, que el rumor es absurdo, Tanaka —. Y él lo ha notado, ha notado mi disgusto y una vez más vuelve a hacer la reverencia y al llegar al ascensor me indica con filustría que sí, que pase yo primero, pero una vez adentro, qué va, una vez adentro vuelve con la misma vaina:

—Ha sido, Usted, muy categórico, amigo —, me dice adoptando una expresión de superioridad que me cae como plomo —. Es peligroso adoptar una posición tan rígida... sobre todo en estos casos.

—Es nuestra manera de ser, ¿qué quiere? — le contesto con ganas de acabar de una vez por todas con el tema —. Ya me conoce, conoce a los panameños y debería estar acostumbrado...

—Pero, eso no deja, por ello, de ser una actitud arriesgada, perjudicial —, me dice otra vez con la petulancia, con el airecillo de vo-soy-más-usted-indio-desbocado. Pero yo no me dejo confundir y me acuerdo del adefesio de Ferrari y no sé ni por qué le digo algo que suena a algo así como que,

—Tal vez lo sea, pero no por eso deja de ser válida —. Y esta vez soy yo el de la reverencia y el que lo deja

pasar primero y salir del ascensor que ya ha llegado a la planta baja y una vez afuera le digo adiós con un apretón de manos y siento unos dedos delgadísimos como palillos de dientes y húmedos de sudor que apenas si que aprietan y veo que los labios los tiene morados y que a lo mejor le tiemblan, será de ira, de pura ira, y que se abren por última vez para decirme con orgullo disimuladísimo que sus oficinas se mudarán al nuevo edificio, sí a ése que va a construir en la vecindad del Banco de Tokio, pero, claro, que a mí eso poco me importa y sólo sé que afuera el calor es asfixiante y el sol, Mariana, me ciega y para protegerme me pongo rápidamente los anteojos oscuros y, así, con los ojos vedados me siento más seguro para caminar por estas calles, mis calles amor, nuestras calles, las que nuestra generación ha visto cambiar al ritmo de nuestra propia vida y convertirse de veredas estrechas y sin pavimentar en grandes arterias de tránsito por donde circulan, a mediodía, miles de habitantes, de comerciantes nacionales y extranjeros que van y vienen de los rascacielos como éste del First National City Bank y del Chase Manhattan Bank y del Banco do Brazil y del Bank of Boston y el de Londres y de los otros tantos que pueblan el barrio y que, a veces, comen rápidamente un sandwich en *Mc Donald's*, compran ropa para sus queridas en las boutiques francesas y joyas para sus mujeres en la *Casa Fastlich* y tarjetas de felicitación para sus hijos en *Hallmark's* y pasan las noches viendo shows en el *Playboy Club* o en el *Maxim's* para luego dormir, plácidamente, en el *Hotel Panamá* o en *El Continental* y confirmar a la mañana siguiente sus reservaciones en la *Brannif* o *Pan American* y que poco o nada saben, Mariana, que cuando tú y yo éramos pequeños jugábamos en estos sitios que eran lotes baldíos o casas

inmensas, lujosísimas, estilo Coral Gables que de un día para otro, el día que se inauguró *El Panamá* para ser más exactos, fueron vendidas, demolidas o adaptadas, como ésa del Banco Comercial Antioqueño, y cuyos jardines se convirtieron en edificios de diez, veinte o treinta pisos o en estacionamientos de esos edificios y, así, se fueron los árboles y todo cobró un aspecto diferente, más árido, más feo o más bonito, pero ni tú ni yo podemos ser jueces en este asunto, amor, no, qué va, preguntémosle mejor a los extranjeros que nos han beneficiado con sus dólares y que no sienten ni pizca de nostalgia, nada, por lo que se fue y que piensan y, a lo mejor tengan razón, que Panamá es una ciudad en plena bonanza, sí, en pleno crecimiento, un centro financiero internacional donde diariamente se hacen préstamos por cientos de miles de millones y que todo esto debe aplastar a lo antiguo porque ese mundo de recuerdos, coño, es para los pendejos y los lunáticos y los artistas y las viejas y los soldados de la Guerra de Coto y los galanes de telenovelas que se alimentan de una edad-de-oro-que-no-fue, o que fue únicamente en su imaginación bastante desquiciada y que jamás han tenido a la sartén por el mango, pero ¿a santo de qué este discurso? , si yo he sido y soy de los beneficiados, Mariana, claro, de los que representan el orgullo criollo y la paridad entre el balbóa y el dólar y los amaneceres deslumbrantes del trópico, ya estoy sobre la Vía España y los carros pasan, izas! , ¡Usted, Garrido, contra la pared y ponga los brazos en alto! , los autobuses se detienen y créeme que voy medio desconcertado entre esta cantidad de gentes y debe ser a causa de lo poco que ando a pie y que seguramente he perdido la costumbre de tener a tanta gente junto a mí, gente, ¡contra! que no conozco, empleadillos de banco, relojeros, vendedoras, aseadoras,

porteros, ejecutivos extranjeros y los miro y me miran y sigo avanzando a paso lento y siento que me empujan y me dan codazos, Usted perdone, dice uno que otro, y sigue su camino, debe ser algún cajero educado o alguna de las dependientes de las butiques francesas y yo sigo mi ruta y ellos que se adelantan, que cruzan la calle, que se detienen, que suben y bajan, que entran y salen de los autobuses y taxis y el calor Mariana-amor-Mariana-Mariamor, ¡concho! es asfixiante, aligero el paso en un esfuerzo por llegar cuanto antes al *Hotel Continental* y refugiarme, ahí, aunque sea sólo un instante de este sol exasperante, de este calor,

—Quiubo, Tito, — alguien me palmea el hombro y sigue.

—Quiubo — alcanzo a contestarle, pero a Dios gracias ya he llegado y me detengo y aquí me tienes, amor, observando como bobo las vitrinas de los almacenes del hotel que dan sobre los estacionamientos y leo NO SE ESTACIONE — NO PARKING y creo que fue eso, claro eso y



fue lo primero que

aprendí a decir en inglés antes de que a los quince años me mandaran a *Choate*, donde estudiaron Joe y Jack Kennedy y John Thompson y Butch Schriber y todos los hermanos y amigos de las niñas que iban a *Miss Porter's*, digo, donde estudian los futuros graduandos de *Yale* y *Harvard* y *Princeton*, sólo que yo, como tú sabes no fui ni a *Yale* ni a *Harvard* sino a *Johns Hopkins*, que es como decir casi lo mismo, me detengo un momento, saco el pañuelo y me lo paso otra vez por la frente y las sienes, y veo en la vitrina de la joyería los candelabros, las bandejas, los juegos de té, los samovares, las jarras

para el agua, los saleros y pimenteros, los platos y cubiertos, los gallos emplumados, los espadachines, las copas de plata sterling, y Queta que atravesaba el gran cuarto donde ella, en compañía de su madre, tías y primas, habían ido colocando los regalos de boda, venía feliz, la pelirroja y me abrazó, has visto, Tito, cuánto regalo bello hemos recibido, me dijo, y yo en mi guayabera blanca, tostado por el sol de marzo sonriendo y tomando nota de que mi futura suegra era mandona y engreída y que Queta de lo más probable es que también lo fuera y preparándoles esos whisky-sours que me pedían porque era, la hora del coctel y manteniendo en todo momento la distancia para que no se pusieran confianzudas y me preguntaran, así nomás, como acostumbran, cositas, digo, intimidades de la luna de miel y yo tuviera que hacer un esfuerzo del carajo para no mandarlas con mucha cortesía a la mierda, y una vez logrado el equilibrio, yendo de la mano de Queta a ver los regalos y ella comentándome, delirante, cuáles eran sus favoritos y entonces llegó una de las criadas y nos brindó unas empanaditas de carne deliciosas y cuando se fue yo aproveché y le planté un beso rápido y observé su piel pecosa y pensé que ésta debía ser, en otras partes, sonrosada, como la de un bebé recién nacido, y ella me miró entre distraída y tal vez en ese instante, enamorada, y yo no le dije nada, ¿para qué decirle?, carajo, y abrazados volvimos al salón y de ahí a la terraza de la casa que estaba repleta ya de amigos y parientes y de parientes de esos amigos y vi al papá de Queta que había llegado ya y se movía, gordo, acompasado y criollo entre el grupo, siempre el mismo grupo con excepción de mis padres que esta vez habían tenido que aceptar la invitación y el hombrecillo aquél, pequeño, que se adelantaba y pronunciaba en honor nuestro un discurso

muy florido y yo comprendí, caraste, que ése era el estilo, que era lo que gustaba entre esa gente, sí, y vi cómo lo abrazaban y lo aplaudían y las mujeres le gritaban, arrobadas, que el brindis del cumpleaños de José tenía que hacerlo él porque era el favorito, y yo tratando inútilmente de integrarme entre esta gente que conocía demasiado pero que hasta entonces no había frecuentado nunca y resignándome, ahí mismo, al hecho de que, a partir de mañana, estos serían los que llegarían a mi casa y observé que el hombrecillo había comenzado a beber como loco y que todos se desesperaban por servirle un trago y otro trago y otro trago para que comenzara de una vez por todas con sus chistes agudos, subditos de color, como diría mi suegra y las amigas de mi suegra, todas adolescentes arrugadas, y yo, Mariana, yo, ya me conoces, callado, como siempre, con el vaso en la mano y el cigarrillo en la boca, esperando tal vez que se hiciera la hora de decir buenas noches para perderme por un momento en la oscuridad de esa víspera de mi vida futura, y los mesoneros que se deslizaban, sigilosos, Mrs. Wilson and myself are just delighted to be with you tonight, los mesoneros que extendían los brazos ofreciendo la bandeja, quedándose, ahí, quietos, con esos rostros de ellos, iguales, canjeables, my wife and myself are equally delighted to have you over, y los invitados que llegaban y se servían y cambiaban este vaso por aquél y el fotógrafo de *La Estrella* enfocando aquella tarde de septiembre a Bill Arias, alto, atlético, con sonrisa de Robert Taylor que cargaba, incómodo, a Rodolfo, nuestro segundo hijo que acababa de nacer y habíamos llevado a bautizar al Santuario del Corazón de María, don Bill, por favor, mire hacia acá, hacia la cámara, levante un poco más al niño, y el padrino que metía el estómago y sacaba el

pecho, mira cómo no tiene nada de barriga, comentaban las mujeres, debe hacer todos los días sit-ups en el Club, y Berta la enfermera, que le enseñaba cómo debía cargar al niño, agárrele la cabecita, don Bill, la cabecita, y Queta que entraba y salía de la cocina y daba órdenes a todo el mundo y mi suegra que apuntaba con letra Palmer en un librito blanco los regalos que llegaban: cucharitas, vasitos, platitos, alfileres, alcancías en forma de chanchito, medallitas, peines y cepillos de plata sterling, además casi todos con el dichoso monograma, y mi padre y mi suegro, los dos viejos, panzones, orgullosísimos de su flamante descendencia de varones, brindando con "Dom Perignon", 1961, y Robertito todo el tiempo de la mano de su nana, no te sueltes, Bobicito, que te pierdes entre tanta gente, hasta que el fotógrafo nos llamó, don Tito, Doña Queta, ahora una de los cuatro para el álbum de recuerdos, y esa es la fotografía, Mariana, que casi todo el mundo contempla, extasiado, cuando visita nuestra casa porque la pusimos en la sala principal, eso es, junto con esa otra, inmensa, del abuelo Tito.

Garrido reasume la marcha. El corredor del hotel, la semioscuridad de ahí, hacía bien. Se quita los anteojos oscuros y los guarda con cuidado en el estuche. Camina con la vista baja. Decenas de pares de zapatos se cruzan con los suyos que caminan a un ritmo sostenido. Seguramente pertenecen a turistas que ya a esa hora han terminado el recorrido por el Canal, el Altar de Oro, el Teatro Nacional, las Bóvedas, el Museo de Arte Religioso, las ruinas de Panamá Viejo y regresan, cansados, a almorzar o comprar manteles, perfumes, alfombras, guayabanas blancas, adornos de jade, máquinas de fotografía, mini-computadoras, relojes de pulsera, biombo chinos, jarrones de laca, en fin, todo eso que se

consigue en este país a tan buen precio. El lobby del hotel está lleno. Unos cuantos empleados en uniforme rojo con galones dorados llevan y traen las valijas de los que llegan o se van. Garrido no se detiene sino hasta llegar a la pequeña tienda de revistas donde piensa comprar *Time*, *Newsweek*, *Us News and World Report*. Está en eso, por abrir la puerta grande de vidrio y entrar al puesto de revistas, cuando un muchacho joven, de unos veinte años, más o menos, seguramente un estudiante universitario, de dedos mochos de tan cortos, le alarga una hoja doblada de papel y sin decirle una palabra se marcha rápidamente. El la abre y una mueca agria se le dibuja en el rostro. No ha podido contenerse cuando comienza a leer aquel comunicado:

BASES NO
NI DEFENSA UNILATERAL
NI DEFENSA CONJUNTA
BASES NO

Y los labios le tiemblan. Así que éste era el comunicado; el maldito comunicado, redactado por los terroristas; el comunicado que todo el país había escuchado y vuelto a escuchar durante las sesenta horas que los mantuvieron a ellos de rehenes. Sigue leyendo y, a medida que lo hace, Tito Garrido tiene la sensación de que las letras mismas se le desvanecen y que puede caer al suelo en cualquier momento, desmayado:

Hoy dos palabras recogen la larga lucha del pueblo panameño contra las fuerzas extranjeras acantonadas en la Zona del Canal.

¡BASES NO! Grito que se escucha en las diferentes manifestaciones que los grupos estudiantiles

críticos realizan. Frase que aparece en los escritos de las organizaciones más consecuentes con las justas y permanentes aspiraciones del pueblo panameño. ¡BASES NO! , grito que apareciera con indignación en las manifestaciones populares de 1947 contra el Convenio Filós-Hines, para más tarde aparecer con voz ronca de nuevo en 1958 y 1959. ¡BASES NO Y MIL VECES NO! repitieron miles de madres que vieron cómo cayeron los hijos del Istmo bañado de sangre aquel luctuoso 9 de enero, y gritaron miles de estudiantes que sintieron caer a su lado a cientos de heridos por la metralla del imperialismo yankee. ¡BASES NO! hemos gritado los del COMANDO URRACA del FRENTE DE LIBERACION NACIONAL en la casa del traidor y actual negociador del nuevo tratado Roberto Augusto Garrido, donde luchamos en estos momentos por esta patria que soñamos sin cadenas y motivados por el solo ideal de que el hombre istmeño pueda autorealizarse y se cumpla, así, el ideal de hacer la PATRIA.

Hoy, las palabras del ilustre pensador panameño Justo Arosemena tiene dolorosa vigencia histórica: "No hay duda que hemos cometido grandes imprudencias. Olvidado el carácter y la propensión de nuestros vecinos, les hemos entregado, por decirlo así, el puesto del comercio universal que el genio de Isabel y Colón habían ganado para nuestra raza. Pródigos en concesiones a la compañía empresaria del camino interoceánico, generosos en extremo con los especuladores implacables, no comprendimos

que dar el territorio era dar el señorío y que dar el suelo para obras permanentes y costosas era casi dar el territorio" (1856). Estas palabras fueron pronunciadas con profunda visión de lo que acontecía, pero no quisimos aprender la historia. Estas palabras van dirigidas, hoy, como ayer, a los ambiciosos que ven en la patria mercados para llenar sus bolsillos. Pero, estas palabras también tienen vigencia para aquellos que sueñan con la grandeza de la patria y para los que quieren tener un suelo donde morir con orgullo.

¡BASES NO! y que se vayan del Canal fue y ha sido el grito de guerra de nuestro pueblo. No podemos permitir que se firme un tratado más entreguista aún que el de 1903; no podemos permitir que se legalice con este tratado las BASES MILITARES, ni que se entronice la dictadura militar con el beneplácito de Washington. De haber algún tratado sobre bases, éste sólo deberá contener dos cláusulas:

1. Fecha inmediata de la salida de las bases;
2. Indemnización por la actual ocupación de hecho y por todos los atropellos de que hemos sido objeto.

De no llegarse a un acuerdo como el arriba expuesto, Panamá seguirá en su lucha por reconquistar la atribución soberana sobre todo el territorio y los Estados Unidos seguirán cargando con la vergüenza de su opresión. Ya esa hora de lucha ha sonado; ya nosotros los del COMANDO URRACA del FRENTE DE LIBERACION NACIONAL hemos tomado la iniciativa para denunciar ante el

mundo los atropellos de que somos objeto y sobre todo para informar al mundo acerca de la ocupación de hecho de nuestro territorio por bases militares norteamericanas; algo que ni el propio Tratado de 1903 permitió.

¡BASES NO! , gritaron ayer y seguimos gritando hoy los del COMANDO URRACA del FRENTE DE LIBERACION NACIONAL. No traicionaremos a los que soñaron ver rotas las cadenas del imperialismo.

¡BASES NO!!! Y parálítico quedó Sebastián Tapia, en las manifestaciones de diciembre de 1947...

¡BASES NO!!! Y se plantaron para que crecieran 75 banderas panameñas en la Zona del Canal, en noviembre de 1958...

¡BASES NO!!! Y se siguieron sembrando banderas, en 1959...

¡BASES NO!!! Y murió Ascanio Arosemena y 20 más... y 300 heridos más, en enero de 1964...

¡BASES NO!!! Y el gobierno corrompido de Marcos Robles y de sus amigos no pudieron pasar los Tratados de 1967...

¡BASES NO!!! Y el COMANDO URRACA del FRENTE DE LIBERACION NACIONAL ha tomado por asalto la residencia del traidor Garrido y exige que este comunicado de denuncia sea radiado, televisado, y publicado constantemente, de tal forma, que no quede ciudadano de América y del mundo que no conozca la verdadera historia de nuestra lucha de reivindicación nacional.

VIVA EL FRENTE DE LIBERACION NACIONAL
VIVA EL COMANDO URRACA

Garrido termina de leer el comunicado, estruja la hoja de papel y la echa, sin saber bien lo que hace, en el buzón rojo de las cartas. Correo Aéreo — Air Mail, lee las grandes letras blancas que resaltan sobre el fondo oscuro, pero ya es tarde. El comunicado será seguramente hallado por el cartero y éste lo leerá y se lo pasará a algún pariente o amigo, y así, seguirá la cadena. No hay manera de acabar con esto. Tito Garrido baja la cabeza. Todo el orgullo de una casta ha sido, en cosa de segundos, pisoteado por un grupo de muchachos que, en verdad, apenas si que han podido redactar correctamente un comunicado. Da unos cuantos pasos y tambaleante, aún, se aleja, siempre cabizbajo y por primera vez se halla realmente temeroso de que alguien lo esté observando. En efecto, lo ven alejarse y, uno que otro, lo reconoce y, uno que otro, tal vez repare en sus profundas ojeras, en su aspecto cansado, en esos labios amoratados que tiemblan a pesar de los esfuerzos que hace Garrido por aparentar cierta serenidad exterior. Baja las escaleras rápidamente y pudiéramos decir por la agilidad de su cuerpo que sí, que éste es el mismo condiscípulo de La Salle de hace veintiséis años que viene a reunirse con nosotros para almorzar como tantas veces lo ha hecho; pero no. Hay algo en los hombros ligeramente encorvados hacia adelante que delata el mundo de años que ha caído de pronto sobre este hombre. Una vez en la acera, un negro alto, delgado, uniformado de rojo le hace una reverencia:

—Buenas tardes, don Tito.

—Buenas, Williams, —le contesto y me meto la

mano izquierda en el bolsillo y aligero el paso para llegar cuanto antes a *Sarti* y ahí está, Mariana, ya lo diviso, desde acá el gran letrero en verde y otra vez la voz del portero del hotel que me habla,

—Míster, mi mujer y yo estuvimos muy preocupados por usted. —Volteo la cara para agradecerle, para decirle algo así que suene como a ombre, gracias; pero qué va, en este momento un turista se le acerca y le pregunta algo y yo ya no cuento y sigo mi camino, Mariana, miro el reloj, es la una, ya dan el pitazo, lo escucho, la sirena ha sonado como un lamento largo que se mezcla con el estruendo de las bocinas de los carros, y el escape de las motocicletas y, Mariana, Marina — Mari — Amor, tengo miedo, ahora, ¡iconcho! , ahora que no debiera sentirlo, ahora, te digo, miedo, realmente miedo y tu carcajada, la escucho, el tintineo de tu risotada celebrando, allá, sobre la grama aquella frase mía que, a la verdad, no era mía, Fear is the mother of foresight, y aquel olor asfixiante a pólvora y el guerrillero que se me acercaba y me hablaba casi al oído, ¿dónde está Wilson? , ¿dónde, carajo, lo escondiste? , y yo, yo que no decía nada y la voz de Joaquín como una luz, digo, como un voltaje, digo, como una descarga eléctrica pulverizando a cowboys y a indios, así, y se hacía de madrugada y de pronto los reflectores aquellos iluminándonos y las voces de los guardias por los megáfonos, entréguese que tenemos la casa totalmente rodeada y luego el silencio, el silencio tocando, repicando sobre paredes, mesas, sillones a un ritmo que por momentos creímos que sería ya cosa natural y entonces los guerrilleros todos a un tiempo que disparaban hacia el techo de la casa, hacia el jardín, y el grito histérico de las mujeres, no, por favor, no nos maten, y el estruendo de las balas, las balas rebotando en las

paredes, quebrando vasos, botellas, ceniceros y el olor aquél a pólvora, Mariana, y otra vez la oscuridad y el silencio y fue cuando nos separaron, ¿recuerdas? cuando a las mujeres las llevaron del corredor y de la sala principal, al saloncito de recibo, y a los hombres nos mandaron al comedor, y a los del conjunto típico y a los músicos y a los mesoneros los dejaron sentados ahí, bien cómodos en los sillones de la sala y, así, carajo, así fue que acabó esa primera noche y Joaquín y yo mirándonos y mirando amanecer a través de las ventanas y el cañón del fusil del guerrillero que no se olvidaba de nosotros ni un instante.

—Bienvenido, don Tito, hacía rato que no venía por acá.

Es cierto, hace rato que no vengo por acá, el portero de *Sarti* que me ha divisado desde lejos, me saluda y yo me vuelvo hacia él y lo saludo, también, y ¿has visto, Mariana, cómo esta ciudad no acaba realmente de llegar a ser una ciudad? digo, cómo aquí todo el mundo que es mundo se conoce, reconoce, anda de boca en boca y eso para muchos debe ser, no lo dudes, un encanto perenne, que es como decir, una consagración, una coronación, una sensación de apoteosis que no acaba nunca y por eso es que no se mueven de su charco, qué va, en ese mismísimo charco nacen, crecen, se casan, se multiplican, juegan golf y dominó, siembran rosas, los entierran, veo al maitre que se adelanta a recibirme.

—¿Para cuántos, Señor Garrido? —me pregunta y yo lo noto confundido y es que seguramente mi presencia, aquí, asuste y acobarde a los clientes extranjeros, pero a mí eso, a la verdad, me importa un bledo y mirándolo a los ojos le digo:

—Uno, Ramírez.

—¿Uno solo? —repite y estoy seguro que lo hace, más para confundirme, que para confirmar la orden y lo noto engreído, engreidísimo, así, dándome a entender que nadie que es alguien come nunca solo en *Sarti* y esto yo lo sé de requete y para joderlo, sólo para joderlo, le repito,

—Eso es, uno —pero, ahora es él el que capta mi desdén, mi burla y, horror, le entra la alarma y muy fino, muy europeo, hace una ligera morisqueta, me indica una mesa, camina detrás de mí, me retira la silla y yo lo veo alejarse para regresar enseguida con el menú y la carta de los vinos que a mediodía, en los trópicos, sobra, digo, es un faux-pas que podría costarle el puesto y yo, a propósito, para recalárselo ni miro el menú, ni carta de vinos, ni nada y casi a quema ropa le ordeno,

El bisque de langosta y el scallopín de ternera a la Marsala.

—¿Desearía para tomar? —me lo pregunta a medida que, rápidamente, apunta lo que le he dictado.

—Un Martini bien seco.

—¿Y de postre?

—El Bocado, si es que hay.

—Sí, Señor, sí hay.

—Entonces, eso —le digo y en mi cara dibujo un gentilísimo lárguese-de-una-vez y esto lo acentúo con un movimiento de mano que el maitre, siempre muy europeo, siempre muy listo, capta al instante y se marcha, arrepentidísimo, a estas alturas, de haber soltado aquella preguntita indiscreta.

El comedor se ha ido llenando. Ya no queda casi ni una mesa disponible. Se está bien, acá, a media luz y Garrido, sentado en una mesita del fondo, observa con atención el decorado. La boiserie, el empapelado rojo vino, imitando damasco, los cuadros de naturaleza

muerta, la alfombra mullida, las lámparas discretas, los manteles blanquísimos, las servilletas en forma de tricornio, todo eso, en fin, que le brinda al ambiente el toque impersonal, sereno, que él ha visto en mil otros sitios alrededor del mundo y que le confirma, al menos en ese instante, que siempre ha de haber gente civilizada con buen gusto, y sus ojos reflejan, de pronto, una cierta chispa de satisfacción que uno que otro que lo observa, curioso, capta y celebra haber captado porque, hombre, digo, esa chispa en los ojos de Tito Garrido sólo puede significar una cosa, olvídate, que esos hijo-e-puta, esos comunistas de mierda no acabarán con nosotros y, así, ése uno que otro sigue comiendo y bebiendo, tranquilo, hasta que llega otro y otro más que vuelve a reparar en Garrido, pero esta vez, ya el fulgor momentáneo de los ojos oscuros se ha esfumado. Tito ha dejado de mirar el decorado y ha bajado ligeramente la cabeza y fuma, distraído, un cigarrillo, mientras aguarda la llegada del Martini bien seco. La tranquilidad dura poco. Albertito López ha divisado a Garrido y lo saluda a voz en cuello desde la puerta de entrada del restaurante, ahí está, junto al carrito de los vinos franceses, todo él viene envuelto dentro de un gran ademán como para dar a entender que son íntimos amigos. Y, así, desde lejos, Albertito, altísimo, frágil, amanerado, da un poco de lástima. Y él, ¿daba él lástima? Por primera vez, Garrido se encuentra pensando en eso, y yo, coño, ¿doy yo lástima? Claro, que Albertito era otra cosa, un tipillo ampuloso, nuevo rico, botarate, despreciable, estilo mírame y-no-me-toques que se compró todo un señor guardarropa de luto en *Burdine's* de Miami cuando murió su única hermana y que, además, se alisa el cabello, una ficha, el tal Albertito, y ahora, como buen social climber, me ha saludado y esto es sólo para que

todo el mundo lo mire y no sé, Mariana, no sé por qué, diablos, me acuerdo ahora de Joaquín, también medio exhibicionista en su manera de ser, pero tan valiente, ¿verdad? tan macho cuando tuvo que serlo y descubro que le he tomado cariño, que después de las sesenta horas compartidas en aquel comedor de mi casa, lo admiro bastante, tal como él se merece y como el tipazo que es, ya tú me lo habías dicho, amor, en cierta ocasión a Joaquín hay que conocerlo, él engaña al principio y ya ves, fue ante él, sí, cuando las horas del sábado iban pasando y Monseñor no regresaba y la tensión crecía y crecía que por primera vez pronuncié tu nombre, es decir, que le di el verdadero sentido a tu nombre, y Joaquín lo captó todo de golpe y no dijo nada, pero el silencio compartido bastó para saber que entre ambos se acababa de sellar un acuerdo que yo estuve seguro que él cumpliría de sucederme algo a mí.

—Su Martini, don Tito.

—De acuerdo, gracias —parpadeo, inconcientemente, mientras agradezco y ya voy a decir otra vez muchas gracias, pero el mesonero se aleja para atender a otro cliente y oigo la voz de una gringa que pide, en un italiano con sabor neoyorkino, unos Tagliatelli Alfredous y el trago está espléndido, me lo bebo casi de un sorbo, así, justamente, así, me gusta el Martini, Mariana, veo la aceituna, sola, orgullosa de su soledad, implacable, allá al fondo de la copa, me la echo a la boca y siento en el paladar todo ese orgullo que hace un instante, ahora, al antojo de los movimientos de mi lengua que la saborea, le doy vueltas, una presencia tersa, salada y sin vida.

—Traté de saludarte ayer tarde, Tito, al salir de la iglesia.

Levanto la vista y lo reconozco, es Paco Alvarez que

se ha acercado y me habla desde la altura de sus anteojos de carey y su inmensa nariz y nunca, nunca como ahora para contemplar a mi gusto y antojo esta nariz ciranesca y la comparo con la mía, pero no, qué va, la mía, Mariana es más elegante, digo, más digna, ¿no es cierto? dime que sí, anda, dime que sí..

—No te vi, hombre, perdona.

—Me lo supuse... ¿Me puedo sentar a tu lado un momento? —Me dice, y me lo ha preguntado así, tan sencilla y directamente que me resulta imposible decirle que no, que quiero estar solo, que me deje tranquilo, y, hasta esbozo una leve sonrisa y hago el ademán adecuado y le señalo la silla y observo que está radiante, feliz mi amigo, claro a su manera, a su manera tan histriónica, a su manera tremenda de ser, repito, ser, el verbo ése, *ser*, lo repito otra vez.

—¿Tomas algo, Paco?

—Sí, gracias, te acompaño con otro Martini. —Y él mismo se encarga de hacer el pedido y de ordenar otro también para mí. —He seguido día a día, hora a hora, el secuestro y créeme lo siento, siento mucho que haya tenido que suceder en tu casa, —me dice y esto último lo ha pronunciado con voz ronca, como si en la garganta tuviera un nudo, pero no creas que esto le impida que volteé la vista y clave directamente sus ojos en mí.

—Gracias, Paco; todo el mundo parece haberlo seguido, también.

—Así es, pero en mi caso ya tú sabes que hay mucho más que el interés morboso, o no, de la mayoría. —Hay un silencio y el ambiente, de pronto, se vuelve bien incómodo, tieso, diría yo, y qué vaina, yo lo siento y Paco, qué vaina, también lo siente, pero no por eso, su mirada, fija, concentrada, cambia.

—Ya. —Alcanzo a decir y arqueo las cejas y hago un

esfuerzo por disfrazar este horroroso, digo, horrendo, malestar que siento.

—¿Recuerdas que yo fui batutero, como quien dice, en aquella siembra de banderas en el 58 y 59...?

—Sí, lo recuerdo.

—¿Y que yo estaba ahí, digo, cuando aquellos policías de la Zona nos arrebataron la bandera para vejarla ante nuestros propios ojos y que contra nosotros fueron dirigidas las bombas lacrimógenas, las mangueras de agua, las armas de fuego?

—Lo recuerdo.

—¿Y que yo ví la entrada en escena de destacamentos de los militares gringos haciendo un despliegue exagerado y por demás innecesario de su poderío y que también, vi cuando se apostaban en el límite con las bayonetas caladas en actitud de impedirnos la entrada en la Zona?

—Lo recuerdo.

—¿Y que participé en la refriega en la que resultaron heridos más de cuarenta panameños?

—Lo recuerdo.

—¿Y que yo fui uno de los que se dirigió a la embajada gringa y arrió la bandera de ellos que flameaba en el edificio?

—Lo recuerdo.

—Bien, entonces, te lo exijo, Tito, el derecho lo tengo; digo, me lo gané en buena lid, como quien dice, ¿Qué pasó?, dime ¿qué pasó realmente, en tu casa?

Pero yo no contesto, qué va, tampoco la cosa es así y veo que Paco, se ha puesto nervioso y frunce la inmensa nariz y echa la cabeza hacia atrás y hacia adelante y otra vez hacia atrás y el silencio sigue y es está claro que él aguarda y el silencio que sigue, ahí, cortante, que él aguarda con atención, cualquier comen-

tario mío, pero yo, ya me conoces, yo, acentuando ese silencio y el mesonero que llega y nos sirve los tragos y yo lo pruebo y vuelvo a sentir el gusto del Martini, helado, en la boca, luego, cómo cae, lento y sabroso por el esófago hasta llegar al estómago y cierro los ojos y frunzo la boca, sin saber en qué momento lo he hecho y Paco lo capta, capta mi enojo, al instante.

—Tampoco, es cómo para crearte un problema, —me dice.

—No hombre, no se trata de eso, —le hablo en voz baja, —pero estoy cansado, nervioso...

—Es natural, viejo, y te pido excusas pero mira, se trata de un asunto demasiado importante y lo más probable es que tú y yo no nos volvamos a ver por un tiempo y hay que tomar decisiones, formarse un criterio preciso.

Yo vuelvo a quedarme en silencio, Mariana, las conversaciones con Cero, ya todo ha quedado sellado. Saco los cigarrillos, le ofrezco uno a Paco y él los enciende y todo esto lo hago, créeme, yo lo hago con el afán de alargar un poco la necesidad de lanzar, así, sin más ni más, irresponsablemente, como quien dice, un juicio que, desde ya, sé que no será sereno, ni tampoco, preciso, y es que, Mariana, no creo que eso sea siquiera posible, digo, que será imposible ahora y dentro de veinte años también, y comprendo que de una forma u otra yo seré mi condena: que seré llevado y traído por unos recuerdos, por las dudas que surjan de esos recuerdos, y que de agente, me convertiré, en elemento, y ya nada será, realmente, bueno ni malo, Mariana, nada y hago un esfuerzo, por fin, un esfuerzo loco para hablar y es que yo sé que a Paco Alvarez nunca podría engañarlo.

—Fue un asalto, —hablo con lentitud —fue un

asalto —repito —planeado por el ala extremista del partido y realizado por muchachos, en su mayoría, idealistas, incautos, llámalos tú, que, tarde o temprano, se darán cuenta que la posición de ellos resulta un absurdo, sobre todo en un mundo donde la cosa está bien dividida entre gringos y rusos —la línea ortodoxa— y sus respectivos aliados y, punto final, porque hay que dejar de pensar ya en la pendejada ésa de que si el tercermundismo, icarajo! —me he violentado y veo a Paco, Mariana, que, a medio fumar, apaga el cigarrillo y se bebe de un solo sorbo el Martini y es evidente, digo, es evidentísimo que mi última frase le ha molestado muchísimo y se queda, así, sin decir nada, como meditando bien lo que me va a decir y yo, nervioso, siento, al parpadear, el humo que se me cuele por los ojos y observo detenidamente a este hombre, de unos cuarenta y pico de años, pulcro, un tipo a quien todo el mundo respeta, honorable, y no comprendo, a la verdad no lo comprendo, cómo se pueda sentir, a estas alturas, tan motivado por sentimientos como un heroísmo tipo me-dejaría-matar-por-mi-patria y él me vuelve a mirar y lo hace fijamente y con voz queda, pero bien modulada, comienza a hablar a medida que, muy lentamente, angosta los párpados y yo siento que cada sílaba se torna en un insulto vedado, en la afirmación de un poder silencioso y directo, en la aceptación del que se reconoce capaz de vivir sin intermediarios, así, a la luz de sus propias creencias.

—Mira, Roberto, —me dice y esto de que me llame Roberto me choca y yo sé que lo ha hecho con el fin de identificarme, desde ya, con papá, con los intereses del viejo. —Mira, hombre, las cosas, tú lo sabes muy bien, han ido cambiando; las cosas ya no están rígidamente moldeadas con la arcilla de Rusia o los Estados Unidos...

Hablamos, de querer ser un pueblo libre; hablamos, de que queremos que el Canal sea nuestro, entonces, carajo, dejemos de seguirle el juego a las grandes potencias y, así, ni con uno, ni con otro, sino con Panamá, coño, con nuestro país en todo momento.

— ¡Qué ingenuo! —lo he interrumpido con el afán de que no siga adelante, para darle a entender que para mí, esas posturas de héroe de película de Costa Gavras, me resultan absolutamente ridículas, pero Paco, qué va, no se calla y veo cómo aprieta todos los músculos incorporando, así, a su cuerpo, toda la fuerza de su pensamiento.

—Tal vez, lo sea, Roberto, —me dice —pero, mejor, pecar de ingenuo que de cínico, coño; al menos, nosotros, los de la línea nacionalista, no firmamos, acuerdos entreguistas con nadie, o sea, ni con Costa Rica y Colombia, ni tampoco, con el Gobernador de la Zona; nosotros sí aspiramos a la más inmediata recuperación y desmilitarización del Canal y de la Zona y sostenemos que no se firme un tratado que no satisfaga estos puntos porque estimamos, carajo, que la mentalidad colonialista del gobierno gringo no parece haber cambiado ni pizca, nosotros estimamos que las actuales negociaciones no tienen por qué referirse a un nuevo Canal, ni tampoco a la legalización de bases militares gringas en la Zona, y, aspiramos, en lo interior, a garantías para el debate público sobre estas negociaciones y sobre cualquier otro punto de interés nacional, y por último, nosotros exigimos una política de austeridad que aliente el desarrollo económico del país, sin fomentar más la dependencia que, cada día, se hace mayor...

—Todo eso suena bellísimo, Paco, —aprovecho la pausa y hablo, —pero tú sabes muy bien que digas lo que digas, sostengas lo que sostengas, todavía sí vivimos la

política de las dos grandes potencias, y por eso tu posición resulta imposible. Hay que ceder, pues, hay que negociar y aceptar que todavía no tenemos la autoridad ni la fuerza para reclamar lo que es justo, digo, todo lo que tú dices y que, a lo mejor, deben ser las aspiraciones tácitas de este país. —Callo. Paco Alvarez se ha puesto de pie y me alarga la mano y todo un mundo se nos cruza, de pronto, horizontal, por las pupilas. Yo, en verdad, no tengo las fuerzas, mejor dicho, no soy capaz de ponerme de pie y despedirlo, y sólo me lo quedo mirando y desde la oscuridad de nuestros mutuos silencios, vuelvo a sentir a través de su mano ancha, la fuerza del hombre capaz de realizar actos heroicos. Eso es, Mariana, he sentido, aquí, en la yema de mis dedos, una vida lista para la entrega, apretada, que es como decir, sin posibilidad de quebrarse y hay mucho en esta actitud desafiante que me aterra, iconcho! , que me aterra y cierro los ojos, ibases no! , aquel grito que vuelve, y las balas rebotando en las paredes, quebrando vasos, botellas, ceniceros y el olor a pólvora y Berta Vallarino que, al amanecer, la habían encontrado escondida acurrucada en la tina del baño de Queta y mío, acurrucada con dos músicos que llevaban disfraz de montuno y ellos, todos, gritando, ino, no, por Dios, no nos maten! y este alarido, angustioso, escuchándose por toda la casa, ino, no, por Dios no nos maten! , y nosotros viéndolos salir con los ojos desorbitados, palidísimos, con los brazos en alto y del jardín, en esos precisos instantes, el Ministro Ramírez y Juan Alberto Rivera llegando también, llegando cabizbajos y empujados por el cañón del fusil guerrillero, ino, no, por Dios no nos maten! , y los dos que habían tratado de saltarse inútilmente la tapia, ahí, atrapados y el guerrillero que se dirigía en voz baja a Cero, oiga, Jefe, ahora, sí que

cayo otro pez gordo. Dime, Mariana, por tu madre, ¿cuándo, cuándo es que acabará toda esta vaina?

—Oiga, —llamo al mesonero.

—¿Sí. Señor?

—Otro Martini bien seco.

—Muy bien.

Veo que me hace otra vez la reverencia y que se aleja y en su apuro se tropieza con una vitrina donde el dueño de Sarti ha expuesto unas diez o doce botellas de Lancer's rosé y Chianti californiano y la vitrina se tambalea, Mariana, se tambalea a punto, casi, de caerse y parece que le maitre ha estado, ahí, viéndolo todo desde lejos porque se acerca:

—So bruto ¡Animal! —le dice —A ese paso acabarás con el sitio en un día.

Y yo comprendo, amor, que todo aquello de los aires franceses no es sino ropa prestada, ropa que le queda muy grande y que lo demás, digo, lo auténtico es que este maitre es un pobre diablo, un infeliz de Talavera de la Reina, o, tal vez, de Carmona y le miro las manos, me las quedo mirando, unas manos crispadas de dedos ariscos y medio encorvados y unas uñas cuadradas que le dicen a uno en un 2X3 la historia de este hombre y me doy cuenta, amor, me doy cuenta que sí, que en efecto son las mismísimas manos, digo, que son las de Cero y no sé por qué carajo pienso otra vez en ese muchacho, me paso la mano izquierda por la frente, el dolor que sigue ahí, aquí está, clavado en las sienes, me lo imagino, me imagino a Cero allá en la "U", caminando hacia la Facultad de Derecho, llevando una corbata oscura, una corbata vieja, arrugada y pantalones

Kaki y una camisa blanca repleta de parches, lo veo arengando a sus compañeros, bebo un sorbo de agua, me lo imagino, Mariana, rascándose la cabeza, tal como tú y yo lo vimos hacerlo tantas veces durante las últimas sesenta horas, y yo que lo miraba y él que me miraba, los dos frente a frente, escudriñándonos, odiándonos en silencio, bebo otro sorbo, ya es la una y cuarto y nada de servirme el Martini y yo, Mariana, que ahora reconozco algo en él, no sé, ¿será su carisma?, en verdad no podría decir porque todavía ando enredado, sólo sé que aquella primera mañana, o sea la mañana del sábado, el resplandor, igual que hoy, entraba por los cristales y el silencio era angustioso, sólo se oía aquel aullido agudo, desesperante de los perros del barrio, sí, Mariana, los perros ahí, aullando y de pronto la voz del guerrillero, el más joven, diciendo en voz baja que yo digo que hay que matarlos, ¡contra!, que hay que matarlos, ¿a quién, a los perros? ¿a nosotros?, la angustia que llegaba a su clímax y Cero, furioso, estás loco de atar, muchacho, se frenaba, tampoco el asunto es como para acabar con los animales del barrio, y las calles, todas, entre la Via España y la 50, y también los techos de las casas vecinas, ocupados por guardias armados con pistolas y fusiles y metralletas y otra vez el aullido aquél desolado, el aullido de los perros amarrados en los quicios de las puertas.

—Señor Garrido, aquí está su Martini.

—Gracias, hombre, ya creí que se te había olvidado.

—¡Qué va! Es que hubo problemas, siempre problemas; usted sabe cómo es el asunto.

—Si, viejo, no te preocupes. —Se aleja, yo bebo un sorbo de trago y siento en el paladar la presencia de la ginebra, está helada, está que quema, me seco el sudor,

¡qué vaina! , el sudor ahora lo tengo en las palmas de las manos y Garrido descubre que en aquellos momentos del secuestro él se había reducido a un sudor frío, a un escalofrío, a un dejar que los minutos pasaran sin saber si estaría, ahí, cuando el reloj marcara la próxima hora, la guerrillera morena que se le acercaba, Mariana, que me susurraba, ¡o nos vamos todos, o nos morimos todos aquí! y Joaquín, ya lo conoces, descompuesto, Joaquín iracundo, preguntando ¿cuando, carajo, y a través de quién van a comenzar Ustedes el diálogo? y yo mirándolo con unas ganas locas de decirle otra vez, hombre-cállate, pero qué va, yo sólo hacía con la boca los gestos y nada de hablar, hubiera dado cualquier cosa por dar un brinco y taparle la boca, pero, en vez, seguía, ahí, digo seguía con la boca abierta, igualito que en las pesadillas que la voz por más que uno quiere no sale, que el paladar se le queda a uno requetesecco y comencé a caminar de un lado a otro del comedor, mientras Joaquín seguía habla que-te-habla, concho, no paraba de hablar y de pronto oí que le decía algo a Cero como que desembuchara rápido el cuento que ya son ocho horas las que llevamos metidos, de pendejos, en esta grandísima mierda y pensé, recuerdo, que no hay nadie más mal hablado que un panameño con miedo y estaba en eso, pensando que Cero haría su comeback con fuerza, que nos knockquearía en un solo round, cuando cuál sería mi sorpresa al oírlo que hablaba en un tono ligeramente cortés, diablo, eso debía ser una patraña, me dije, pero qué va, nada de eso, el tal Cero parecía sincero, digo, parecía mean well y lo que decía lo volvía a repetir otra vez y todo se reducía a que el asunto lo íbamos a arreglar entre panameños, me oyen, lo gritaba casi, entre panameños y, de pronto, caraste, lo dijo, dijo la frase de frente: ¡Monseñor es el hombre! , y aquello, te confie-

so, Mariana, que nos tomó de sorpresa y yo por lo debajo comencé a echar cuentas, digo, comencé a juntar datos y sólo después de un rato fue que llegué a la conclusión de que al cura ése seguramente lo habían conocido cuando era párroco de Penonomé, si no cómo y de dónde esta intimidad? , éstas ganas de meter a la Iglesia en el lío? Y yo andaba rastreando fechas, datos, digo, andaba con mi complejo de computadora ambulante cuando, así, sin punto ni comas, Cero me hizo un ademán que me pusiera de pie y a punta de cañón me llevaron hasta la sala y de pronto yo, ahí, topándome con los músicos y con los del conjunto típico que estaban todos dormidos y algunos hasta con la boca abierta, roncando, y mi casa, Mariana, mi casa, la observé y estaba echa un asco, hecha una sola trinchera de sillones, cojines y alfombras y tú Mariana y Queta, las dos que no aparecían, que no se les veía por ningún lado, y detrás de aquella trinchera, tres guerrilleros armados con calibres 32 y M 14ces, los magazines en el suelo, tirados, y, ahí, también el otro, digo, el cholo de los cachetes al aire que había preguntado tan insistentemente por Wilson, que me apuntaba otra vez con una escopeta automática calibre 12, que me seguía apuntando, el muy hijo-e-puta, mientras Cero me ordenaba que alzara el auricular del teléfono, oye, llámate a Monseñor de una vez que a estas alturas ya debe haber terminado de officiar la primera misa del día y luego, aquella voz, extrañada, Mariana, aquella voz conocida por todos nosotros preguntándome si el problema era tan serio que exigía su presencia tan de mañana, y yo respondiéndole que sí, Monseñor, que es urgentísimo, yo explicándole, o mejor dicho, tratando, dentro de lo posible de explicárselo todo, así, o sea, de un sopetón, mientras Cero, lívido, se mantenía con los ojos fríos, fijos en el.

revólver y sobre todo en mis sienes y aquel tic-tac-tic-tac del reloj de pared, de mi reloj de pulsera, de todos los relojes de la casa y de mi corazón, también latiendo a destiempo, y la mañana que seguía idéntica, que es como decir, que seguía hueca, sin voces, con olor a cadáveres, sólo la de Monseñor que preguntaba y la mía que, después, contestaba y Cero, carajo, con el dedo siempre fijo sobre el gatillo, listo para disparar en el momento preciso y solamente vi que dibujó apenas una sonrisa, una leve sonrisa, cuando comprendió por lo que yo decía que Monseñor sí había aceptado intervenir como mediador para evitar un derramamiento inútil de sangre y, así, Mariana, pasaron no sé si una hora o varios segundos, siempre con el arma sin seguro, en mis sienes, y los otros, digo, los de las trincheras, que me seguían apuntando en todo momento, y en ese instante, también, ahí, revelándoseme, en un flash, mi amor breve, mi amor tierno, mi amor loco por tí, Mariana mi amor a todas horas amor, y tú, rebelde, tú, libre, tú creándote tus propias reglas del juego, Mariana, tú, en aquella bata de flores, tú con el cabello suelto que se te venía de vez en cuando a la cara, tú preparándote una taza de té de yerba luisa, allá, en un rincón de la cocina de la cabaña de Las Cumbres y yo acurrucado en el sofá blanco, bebiendo un cognac y levantando a cada rato la vista para asegurarme que era cierto, que sí, que estabas ahí, que eras mía, como lo habías sido la noche anterior y la otra y la otra y muchas otras más, y también hacía un instante cuando nuestros perfiles se habían topado y tú habías extendido la mano para acariciarme la espalda y todo había vuelto a comenzar otra vez y yo descubriendo de pronto lo que hasta ese momento había ignorado: que tenía en mí grandes reservas, que tenía una capacidad ilimitada de amar y que esa necesidad de

tocarte, de penetrarte, de llevar el deseo a la cumbre, se podía convertir, mejor dicho que ya era algo bellísimo y que tal vez sólo por eso había valido la pena nacer y recuerdo que me estiré, así, feliz, me sentía en la gloria, ahí, sobre esa cama, nuestra cama, Mariana, estaba en la gloria, y tu mejilla se acercó a la mía y mi barba raspó tu piel morena y debió haber sido en ese momento, claro, fue entonces cuando se me ocurrió hablar de casarnos, hoy mismo le voy a pedir a Queta el divorcio, te dije, pero en vez de alegrarte tus ojos brillaron de una forma extraña, y se quedaron brillando así, brillando hasta congelar ese brillo y yo no tuve fuerzas para interrogar tu silencio, para reclamarte como hubiera querido, para decirte, Mariana, habla, por Dios, dime algo, y había pasado ya todo un universo que es como decir, el universo entero en el tiempo, cuando te volteaste y sólo sé que comenzaste a hablar, que no paraste de hablar hasta que me habías dicho todo lo que querías decir y que yo me quedé boquiabierto, estático, y creo que me dijiste algo como que de adolescente habías tenido un amante, alguien que era así, como tú, jovencísimo y que tus tías te habían exigido, casi, que te casaras con él y yo sólo sé, Mariana, yo sólo sé que apenas te oía porque me resistía a creer que eras tú la que hablabas y era yo el que escuchaba todo aquello de que no te habías casado con él ni con nadie hasta ahora porque, Tito, yo ando en busca de la compañía de alguien con quien pueda compartirlo todo y esto último me lo dijiste tan rápidamente que apenas si que te pude seguir cuando me hablaste de ése alguien con quien no tuvieras que explicarte con palabras inútiles, y yo te miraba, sólo te miraba como el que mira el final de una película, ¿o era, en verdad, el principio?, ya no sé y tú, Mariana, hablándome, hablándome de ese hombre sencillo —tu

ideal—, un hombre que estuviera de vuelta de las grandes palabras, de los razonamientos que engañan, un hombre, en fin, Tito, que me tome sólo por lo que soy, me decías, me lo repetías, por lo que soy: una mujer en minúsculas. Y yo, Mariana, a todo esto, yo sólo recuerdo que me levanté cuando creía que habías terminado de hablar, eso es, me levanté y me fui al baño y ahí lloré, sí, frente a la taza lloré largo rato por mi amor loco, por mi amor tierno, y ahí mismo juré que yo me haría digno de tí.

—Don Tito, le ruego, permítame. —Es el maitre que vuelve y le indica al mesonero cómo y dónde debe servirme el bisque de langosta.

—Claro, ya era hora, también.

—Usted, discúlpenos, pero hubo problemas graves en la cocina.

—Sí, ya me lo dijo el otro muchacho. —Bostezo y, en verdad, no tengo ni pizca de ganas de seguir conversando, poco me importa lo que sea que tenga que decirme este maitre, petimetre falseado, y después de tres Martinis, lo que siento es un sueño increíble, Mariana, unas ganas inmensas de echarme a la cama, digo, de dormirme una siesta larguísima y no despertarme sino hasta mañana o pasado o, a lo mejor, hasta dentro de un año, y de ahí, largarme de este país por un rato, por años, por siglos, busco la cuchara, la tomo, me bebo el primer sorbo de la sopa y una hojita de perejil se me ha quedado entre los dientes y me molesta muchísimo y entonces le doy y le doy con la lengua hasta sacarla de su escondite apretado, está buena la sopa, miento, está deliciosa, es que han mezclado rebien la langosta con las cebollas y el apio y el diente de ajo y el laurel, además el brandy que le echaron es buen brandy

chuleta! , valió la pena esperar.

Garrido se bebe la sopa sorbo a sorbo, despacio. Uno que otro que lo observa lo hace sin imaginarse, tal vez que hace tiempo, hace años que este hombre se inició en lo que hasta ahora ha sido una suerte de inconcluso safari gastronómico. Fue en Europa, sí. Fue en la época cuando él estudiaba en Bologna, allá en el Institute of Advance Studies de Johns Hopkins y muchachos de varios países se reunían día tras día a estudiar y vivir intensamente, como ellos decían, que dentro de la búsqueda y hallazgos de ese mundo epicúreo, entraron los vinos, las mujeres, más vinos, las noches interminables de ópera y un día, instintivamente, casi, se hizo el descubrimiento del fino universo de las viandas exóticas. Sin embargo, para Tito Garrido, más que para los otros (y por eso él se ha cuidado de no revelárselo a nadie) aquel hallazgo resultó algo así como la iniciación en un rito elemental que le devolvía lo que él creyó que eran atisbos del paraíso perdido. Y es que no hay que olvidar que Garrido, como nosotros, ya desde niño se ha adiestrado a aparentar que él es algo más que el fruto de una sociedad de misales y casas de citas y pañuelos de hilo, bordados, y peleas de gallos y almuerzos dominicales de macarrones con pollo que se han servido desde siempre en una salsa de tomate viscosa y dulzona que él aborrece. Por eso, cuando a los veintitantos años, él se marchó a Italia, Garrido creyó encontrar allá ese ambiente al que se sentía, de suyo, predestinado. Y, así, con el concurso de varios amigos dio con una felicidad singular, con una felicidad que fue acaso la primera auténtica que él conocía. Luis, Alberto, Eusebio, Alfredo, Jean Pierre, Paolo, J.B., Gugliermo y Garrido comenzaron a reunirse, casi por casualidad, todos los sábados en el departamento del gordo Paolo

Palozzi. Un criado joven y pálido que se llamaba Gabriel los aguardaba para hacerlos pasar. Una vez adentro, se escuchaba siempre el coro alegre de voces bien varoniles que de semana a semana, se le fue tornando a Tito Garrido más familiar y fue como una transfusión de sangre extranjera que alteró la monotonía de su biografía original por completo, o al menos así lo creyó él en un principio. Gabriel les ofrecía los abrebocas: alguno que otro español, venezolano, cubano, peruano, francés, italiano o inglés y, muy de vez en cuando, algo del recetario panameño que Tito Garrido pedía por carta a su tía Isabel, quien todavía guarda los secretos culinarios cartageneros de la bisabuela Matilde. Después se les llamaba a la mesa y el criado servía las sopas que variaban de semana a semana: ahí hubo de espárragos, de pepinos, de tomates y hubo, también, gazpachos, bisques, boula-boulas, bouillabesses y diversos tipos de consomés: el tropical, el madrileño y el Brunoise. En fin, estos muchachos, de sábado a sábado probaron todo un mundo de sopas que ellos fueron alabando, uno a uno, a su manera alababa —y luego el gordo Paolo que tocaba la campanilla para que Gabriel retirara los platos y fuera trayendo los mariscos, las aves, las carnes, sin olvidar, por supuesto, las salsas: la chaud-froid, la mousseline, la de Dresden, la cumberland, la hollandaise, la lyonnaise, la marinara, la velouté, y la tártara, y todo se iba desarrollando dentro de un ritmo cadencioso donde casi siempre se prefería para el plato fuerte los vinos franceses, los de los Hospices de Beaune de Borgoña, por ejemplo, y se buscaba los quesos más extravagantes y por último, hasta las palabras mismas se iban calculando, se iban midiendo hasta que cada uno de ellos, maestro, a su manera, en el arte del disimulo, lograba reprimir cualquiera expresión que les hiciera

evocar esos bares nocturnos donde ellos mismos, a veces, pasaban noches enteras de juerga. Pero, Garrido ya ha terminado de beber la sopa y ahora lo vemos limpiarse los labios y bruscamente, así, dándose casi de tumbos, se levanta de la mesa, va hacia el servicio de hombre y abre la puerta y nosotros lo vemos detenerse unos instantes ante el umbral de la puerta del cuarto ése recubierto de azulejos celestes y después se nos pierde de vista porque, una vez adentro, él se queda, ahí, inmóvil, tratando, inútilmente, de orinar, y, Mariana, amor, siento la vejiga pesada y este hormigueo, coño, que me va de los riñones a las piernas y la guerrillera apuntándome con el fusil, ¡io nos vamos todos, o nos morimos todos! , el miedo dominándome, Fear is the mother of foresight, Mariana-amor, fear, encogiéndome los genitales, el dolor intenso en el vientre, el vientre a punto de reventármese y yo con las piernas abiertas y aquel orín por fin saliendo a gotas, tas-tas-tas, el dolor que iba de los riñones a las piernas, las siento, las gotas, unas cuantas amarillas y mucilaginosas que salen y la guerrillera rozando otra vez con su fusil mis genitales, mis genitales encogiéndose, ¡io nos vamos todos, o nos morimos todos! , y yo que ya no pensaba, tas-tas-tas, sólo me concentraba en hacer salir aquel orín, me aflojo ligeramente la corbata, yo ahora con unas ganas inmensas de largarme de este servicio, Mariana, de disimular frente a los otros mi desesperación, disimular, entonces, aquella sensación de violación que sentía, salgo, camino por el pasadizo oscuro, diviso el maitre cuando le indica al mesonero dónde y cómo debe servirme el Scallopín a la Marsala, camino y otra vez el hormigueo que me va de los riñones a las piernas, sigo caminando y la voz de Monseñor que gritaba desde afuera, aquí está el Arzobispo de Panamá que ha aceptado mediar para evitar

derramamiento de sangre, me acerco a la mesa, halo la silla, me siento y trato y no puedo, trato de no pensar ahora en nada, me llevo un bocado de ternera a la boca, es inútil, la figura panzona y morena del Arzobispo que vuelve, la figura de Monseñor vistiendo sotana negra y gorrito rojo y la voz ronca de Cero preguntándole, ¿viene solo? , la pruebo, pruebo la ternera pero no, no está buena, Mariana, se les pasó la mano en el vino, siento el paladar, ahora, invadido de un sabor dulzón, desagradable, bebo un sorbo de agua y la voz de Monseñor, ahí, sí, vengo solo, díganme por dónde puedo entrar y los otros que gritaban desde adentro, avance unos quince metros hacia el sur y empuje el portón del garaje que está sin llave, busco el pan y me llevo a la boca un mendrugo untado con mantequilla de ajo, el sabor fuerte a ajo invadiéndolo todo y otra vez las voces de los otros guerrilleros preguntando, ¿viene solo? , y la de Monseñor, sí, muchachos, vengo solo, y fue cuando por primera vez escuchamos aquel ruido que no provenía de voces ni fusiles, sino del mueble que movían para poder abrir la puerta que comunicaba con el interior de la casa, y aquel ruido confirmándonos que en efecto vivíamos, que sí vivíamos, que estábamos vivos y que había alguna esperanza de salir de ahí tarde o temprano y de pronto Monseñor de pie frente a nosotros, Mariana, ¿lo recuerdas? bajito y rechoncho, amigable, como siempre, saludándonos, preguntándonos si había algún herido y examinando la pantorrilla de Ricardo Arosemena que sangraba sin que nadie hasta ese momento lo hubiera notado, el orín mucilaginoso que salía, Monseñor preguntando por el jefe, vuelvo a pasarme el pañuelo por la frente, tas-tas-tas, que salía, bebo otro sorbo de agua, ¿dónde está el jefe? , nos decía y Cero adelantándose siempre con el fusil en la mano,

los genitales encogiéndome y él presentándose, soy yo, Monseñor, yo soy el jefe y luego la voz del Arzobispo enérgica, hay que traer un médico inmediatamente para curar al Doctor Arosemena que ya ha perdido mucha sangre y de ahí, al diálogo y todo tan rápido, Mariana, todo demasiado rápido para retenerlo y sólo recuerdo que decían algo como que eran un movimiento humanitario y patriótico y que respetaban ante todo la dignidad de la persona humana y Joaquín estallando en aquella carcajada que retumbó por todas las paredes de la casa, aquella carcajada horrenda que no parecía acabar nunca y que hizo cundir rápidamente el pánico entre los rehenes, y Cero que no hacía mucho caso de aquella altanería de Joaquín, que miraba hacia adelante, siempre hacia Monseñor y disimulaba, cómo disimulaba, el muy cabrón, el odio tremendo que sentía por nosotros, bebo otro trago de agua, hay que olvidar todo aquello, pero la carcajada, qué va, tu carcajada, Mariana, allá en la grama, como un trueno sofocante, que vuelve, Fear is the mother of foresight, lo mismo que la voz de Cero advirtiéndole a Monseñor que seremos, irreversibles, en nuestras demandas, fear, otra vez el martilleo de la carcajada, sí, la carcajada aquella mezclándose con la voz del Arzobispo mientras el guerrillero planteaba las demandas: 1) que se nos ponga un avión de Air Panamá para viajar a Trípoli y que ahí vayan los presos políticos que les hemos anotado en la lista; 2) que a este comunicado que le estoy dando se le dé, a partir de hoy, publicidad por radio, televisión y periódicos, y de ser posible hasta en el extranjero y 3) que se nos entreguen tres millones de dólares en denominaciones bajas. Y lo veo, Mariana, veo a Cero caminando, a Cero, firme en lo suyo, frotándose las manos en lo que seguramente era un gesto de soberbia, lo veo repitiendo las demandas,

machacando las frases, frotándose las manos, y de pronto, yéndose al otro extremo del comedor y mientras tamborileaba los dedos sobre la superficie de la mesa, dejando caer como un cuchillo afilado, la frase aquella terrible: de no cumplirse las demandas, ejecutaremos a un rehén cada veinticuatro horas; lo decía, lo repetía, de no cumplirse las demandas, los ejecutaremos, uno a uno, hasta acabar con todos los hombres, salvo los criados y los del conjunto típico y las mujeres, que todas pueden irse ahora mismo libres, si quieren, al menos, claro, que les guste tanto el ambiente aquí adentro que insistan en quedarse con nosotros y sufrir las consecuencias.

—Tito, hola.

Levanto la vista.

— ¡Ricardo, tú! — me ha sorprendido de veras —. Qué gusto verte, hombre — le digo y me lo quedo mirando, miro la palidez profunda, la calvicie progresiva, el cansancio de esos ojos que sobresalen dentro de un rostro que corona a un cuerpo fornido, de estatura mediana, de dedos manchados de nicotina que estrechan, ahora, mi mano, la derecha, y no sé por qué lo miro con afecto y le pregunto cómo se siente, que cómo está la pierna herida que él llevó durante tantas horas, así, digo, sin decir ni una palabra a nadie.

—Bien, hombre, bien —, me contesta; — sólo fueron los casquillos vacíos que rebotaron sobre mi pierna; algo superficial. La prensa ha exagerado demasiado.

—En todo ha exagerado. ¿Tomas algo?

—Tal vez un café. Acabo de almorzar.

Llamo al mesonero, le hago señas desde lejos que traiga dos cafés, pero él se acerca y entonces se los ordeno tintos y cancelo el pedido del Bocado de la Reina —. Tintos, ¿no es cierto, Ricardo?

—Sí, está bien. Te llamé a la oficina varias veces y la secretaria de Jiménez insistiendo en que no tenía idea dónde podías estar.

—Entonces, ¿cómo?

—Nada; se me ocurrió llamar a Marta a su casa, y ella, finalmente...

Quedamos solos, se ha hecho un silencio largo, incómodo, y observo cómo Ricardo se peina con los dedos los pocos mechones que se le vienen con insistencia a la frente y luego, cómo se ajusta la corbata y es el mismo hombre, Mariana, sí, el mismo del traje cruzado de los otros días que ahora no sabe cómo iniciar la conversación y es que él sabe y yo también sé que hay mucho o tal vez no haya nada que podamos decirnos.

—Todo esto es morboso, morboso — repito, como para comenzar de alguna manera el diálogo.

—Era de eso que quería hablarte, Tito. A eso vine.

Y yo levanto la vista y trato de buscar la mirada de Ricardo, de nuestro embajador ante la ONU, digo, trato de hallar algo, un gesto, una palabra, acaso, que me descifre la personalidad hermética de este hombre que durante sesenta horas nunca o casi nunca abrió la boca y que por su valor físico logró, incluso, granjearse la simpatía de Cero, pero es que Ricardo es así, digo, ha sido así desde los días aquellos cuando estudiábamos juntos en la secundaria en La Salle y él no sé ni cómo ni por qué se ganaba la simpatía de la gente sin tener que decir ni una sola palabra y miro el reloj y ya es bastante pasada la una, el tiempo vuela, Mariana, y recién caigo en cuenta que Ricardo espera que yo le diga algo y entonces le pregunto qué sugiere él que se haga.

—Mira, tal vez una declaración preparada —, me dice —. Algo firmado por los que estuvimos adentro todo el tiempo. Nada espectacular, sino más bien que

sirva el propósito de acabar de una vez con este alboroto.

—Se me había ocurrido algo así, esta mañana.

—Lo importante es que nadie hable por su cuenta ni que diga ni una sola sílaba a los periodistas del asunto.

—Tienes razón. Se ha dicho demasiado ¿no es cierto?

—Demasiado — repite —. A propósito, ¿vas al Gabinete esta tarde?

—Sí, me citaron.

—Nos veremos allá, pues. Hay que desarrollar un programa para que el pueblo siga respaldando al Gobierno —, me dice, a medida que me alarga un cigarrillo y me lo enciende y yo, Mariana, lo veo, veo a Ricardo allá en mi casa y las voces, ¡contra!, que vuelven, las voces ¡VIVA EL FRENTE DE LIBERACION NACIONAL! ¡VIVA EL COMANDO URRACA!, el humo de los cigarrillos, caldeando el salón, los mesoneros, tirados, con las mujeres en el suelo, las bandejas vacías, los vasos rotos, ¡bases no!, ¡bases a ningún precio! y el silbido de las balas, las balas rebotando en las paredes y Ricardo que se había quitado el saco y aflojado la corbata y luego aquella pantorrilla ensangrentada y Monseñor exigiendo la presencia inmediata de un médico, el Señor Arosemena ha perdido mucha sangre, y el Doctor Fábrega que llegaba y otra vez la misma escena, ¿viene solo, Doctor? y la voz gangosa inconfundible, sí, vengo solo, y aquel anciano alto, delgadísimo, entrando por la puerta, delgadísimo y ligeramente encorvado hacia adelante, ajustándose los anteojos bifocales, quitándose el sombrero de paja gris de ala estrecha que le cubría la calvicie reluciente, la calvicie poblada de cientos de pequitas doradas que

resaltaban sobre la tez blanco-azulácea y el anciano aquél saludando con el mismo gruñido de viejo cascarrabias a rehenes y a guerrilleros, pasando directamente a curar la pantorrilla herida de Ricardo y el olor, penetrante, a yodo y a alcohol y a más yodo entrándonos a raudales, mareándonos y todos en un momento dado tal vez pensando que estábamos ante un hombre a quien debíamos acaso una noche o muchas de desvelo, mareándonos y ese sentimiento de gratitud hacia el viejo uniéndonos por un instante y el guerrillero que se acercaba, por favor, Doctor, a ver si me cura también a mí la espalda que hace horas que me sangra, le decía, y la destreza silenciosa del anciano haciéndose cada vez más evidente mientras desinfectaba por igual las heridas del rehén y el guerrillero para, luego, irlas curando, cerrando, cubriendo con gasa y esparadrapos y, ahora vuelvo a mirar a Ricardo aquí, frente a mí, fumando con cierto desdén, lanzando cada bocanada de humo lentamente y me lo imagino otra vez allá en mi casa, Mariana, hora tras hora, día tras día, en la misma pose, fumando uno y otro cigarrillo, el humo ascendiéndole por las aletas de la nariz hasta nublarle la vista, y a veces, muy pocas, durmiendo con la cabeza inclinada sobre el mantel blanco de la mesa y los ruidos del comedor que han aumentado a medida que la gente acaba de comer, ponen los cubiertos sobre los platos, baten las cucharitas dentro de las tazas, halan las sillas y el rumor de las voces de los turistas que conversan, Mariana, que piden la cuenta y se marchan del restaurante y el mesonero que, al fin, se acerca trayendo las dos tacitas de café negro y nos las sirve y se aleja, apresurado, los mesoneros que se deslizaban sigilosos, Mrs. Wilson and myself are just delighted to be with you tonight, los mesoneros que extendían los brazos ofreciendo la

bandeja, quedándose, ahí, quietos, con esos rostros de ellos iguales, impávidos, canjeables, my wife and myself are equally delighted to have you over, y los invitados que se servían y cambiaban este vaso por aquél y el fotógrafo de *La Estrella* enfocando al grupo, Mrs. Wilson, Señorita Mariana, don Joaquín y don Ricardo, miren por favor hacia acá, hacia la cámara y todos, sonrientes, con una copa en la mano, isn't it a nice party, yes, ma'm a nice party, a very nice party, y Ricardo que ahora continúa pensativo, sin decir una palabra y sólo cuando toma la taza caliente entre los dedos es que se dirige a mí y veo que lo hace con afán de despedirse:

—Entonces, hasta más tarde —, me dice y observo que toma la pluma y apunta no sé qué en una hojita de papel amarillo, mientras murmura algo entre dientes y luego se bebe de un sorbo el café y se levanta —. Hasta luego —, repite — y gracias por esto —, me dice, señalando con un leve ademán la taza.

—No faltaba más, hombre —, le contesto, le alargo la mano y vuelvo a reparar en esos dedos de él, regordetes y manchados de nicotina, y pienso que quizá no sean éstos, los dedos propios de un señor embajador ante la ONU, lo veo marcharse cojeando, apoyándose sobre un bastón de caoba, delgadísimo, pobre hombre, le debe doler todavía horrores la pantorrilla, pero es así Ricardo, un enigma, un diplomático nato, como quien dice, que entró a esta Revolución por la puerta ancha del prestigio de su mutismo y lo recuerdo hace apenas un año, Mariana, allá en Nueva York, pronunciando un discurso de esos que caen bien en la ONU, refiriendo la historia de gaveta del Tratado de 1903, cuando un miércoles de noviembre el Secretario de Estado John Hay citó a Bunau-Varilla a toda prisa a su casa y los dos

firmaron esa tarde el proyecto del Tratado antes de que llegaran Amador y Boyd, digo, la misión panameña acreditada que se encontraba viajando, en tren, rumbo a Washington y recuerdo los aplausos nutridos, la euforia de los periodistas del Tercer Mundo, los titulares de los diarios al día siguiente: LA VERDAD DETRAS DEL TRATADO PANAMENO DE 1903: NUNCA FUE NEGOCIADO / EL TRATADO DE 1903: UN DOCUMENTO INMORAL IMPUESTO POR WASHINGTON Y FIRMADO POR UN FRANCES SIN CREDENCIALES / PANAMA NO CONOCIO NI DISCUTIO NUNCA LOS TERMINOS DEL TRATADO DE 1903.

Garrido mira su reloj de pulsera, son casi las dos de la tarde, frunce los labios en un gesto de hartazgo y apaga el cigarrillo que le ofreció Arosemena. Está con la cabeza apoyada sobre el espaldar de la silla y varias veces se lleva la mano, la derecha, a la boca como para disimular los bostezos. Es posible que no regrese a la oficina esta tarde. Otra vez el bostezo. Irá a la oficina sólo que haya algo muy importante que resolver y entonces seguramente trabajará con el empeño de siempre. Alarga las piernas, las acomoda y respira hondo, el mismo empeño de siempre, repite Garrido y vuelve a respirar, así, el aire entrándole con las palabras. Es el mismo empeño que le inculcó su madre, siempre tan intolerante ante la incompetencia, la miseria, la abulia. ¡Qué nadie diga que un hijo de Soledad de la Guardia es perezoso!, le decía. ¡Qué eso es sólo de indios! Se lleva las manos al estómago. ¡Esos imbéciles se pasan la vida echados en una hamaca esperando que les caiga el coco del árbol y a lo mejor hasta que le vuelen los dientes! Mi madre, Mariana, mi vieja que últimamente me viene con frecuencia a la mente, aquella figura de hace treinta años, menuda, elegante, morena, de

sonrisa torcida, nariz aguileña y labios y caderas estrechas que cuando me acariciaba lo hacía con tal disimulo que ni yo mismo quedaba enterado, Mariana, la recuerdo tejiendo, erguida, durante horas y horas, en ese cuarto cómodo, de cortinas blancas de hilo donde muy pocas veces entraba mi padre y, eso, sólo de noche, muy tarde, como aquella vez que lo divisé caminando en la madrugada sobre las puntas de los pies y yo largo rato ahí, espiándolo, yo viéndolo abrir aquella puerta cerrada de la habitación de mamá y los goznes sin aceitar que chirreaban y chirreaban, y luego el ruido seco de los resortes cuando el cuerpo pesado se echaba, se movía sobre el colchón de plumas de ganso, y a la verdad, Mariana, no me puedo imaginar a dos cuerpos como éstos, amándose, fundidos en el calor de la intimidad de un abrazo: él buscándole con los labios, la boca, el cuello largo y caliente, los pechos pequeños; ella, apresándole la cintura con los dedos, los brazos, los muslos; no, lo de mis padres ha sido una unión de otra índole, digo, una unión como la de Queta y la mía, donde yo-pongo-tanto-fulano y tú-pones-tanto-zutana, y él, en ese caso, era el hijo del patricio Roberto Garrido y ella, la tataranieta de Eduardo de la Guardia y Jaén, nacido en Penonomé en 1776 y bisnieto, a su vez, por línea directa de don Diego de la Guardia y Carrillo de Vique, natural del Puerto de Santa María de Andalucía, Ayuda de Cámara del Rey Carlos II, Caballero de la Orden de Santiago y Capitán del Ejército, quien a causa de un duelo de trágico desenlace huyó a América en 1676 y fundó, en Panamá, la familia que lleva su nombre y ahí los tienes, Mariana, a los dos, complacidos: ella, porque su único hijo lleva la sangre Garrido; él porque entroncó con trescientos años de tumbas cuyos nombres todo el mundo conoce.

—¿En qué podemos servirle, don Tito?

—La cuenta, Ramírez, estoy apurado.

El maitre se marcha y yo, amor, cambio y vuelvo a cambiar de postura, una pareja que no reconozco me saluda, trato de recordar quienes son, es inútil, me limito entonces a crisar mis patas de gallo, y es que la gente aquí, estiro las piernas, ¿te has fijado, Mariana, cómo aquí la gente es de lo más confianzuda y juran que son tus amigos y te tutean y te palmean la espalda sólo porque un día te los presentaron en un coctel-party o en la inauguración del Holiday Inn de Punta Paitilla? Volteo la vista, el maitre ahora está habla-que-te habla con la cajera y ella que se dirige al sobrino del dueño que ni por nada baja el tono de voz, y yo me los quedo mirando y ellos algo intuyen cuando me ven golpeando con el índice el vaso de agua vacío porque el maitre llega trayendo la cuenta en una bandejita de aluminio cuadrada, me hace otra reverencia muy fina, son trece balboas con veinte centavos, yo saco un billete de a diez y otro de a cinco y los dejo sobre la bandejita y me contengo un nuevo bostezo, así, ¡paf! , con la palma de la mano y veo al maitre y al mesonero y al sobrino del dueño que se cuadran a unos cuantos pasos de mí, trato de levantarme, y el maitre y el mesonero se abalanzan sobre el espaldar de la silla, ya, ya esta, estoy de pie otra vez, lo logré y me dirijo cabizbajo, como de costumbre, a la puerta que da a la calle y ahora el portero es el que se precipita, tal como le han enseñado, a servirme:

—Que sea hasta pronto, don Tito.

—Adiós, hombre, adiós — le digo entre dientes y trato de pensar cuál será el camino más corto para llegar a mi oficina, un camino directo atravesando, tal vez, los garajes, pero no, no hay tal cosa, tendré que volver por lo andado y este calor, Mariana, y la humedad asfixiante

que te corta la respiración, cruzo rápidamente la calle y ¡ichas! , metí los zapatos en un charco del aguacero de esta mañana, ahora sí que tendré que ir de todas formas a casa a cambiarme, eso es, a casa, repito, y pensar que apenas ayer en la mañana no sabía si saldría de esa casa, mi casa con vida, Mariana, te busco, Mariana-amor, en las sílabas de tu nombre, Ma-ria-na, me seco el sudor de la frente, del cuello, levanto la vista, Welcome to Panama's Casa de Licores, Johny Walker's Swing—Old Parr—Canecas—Chivas Regal—Royal Salute, y Monsenor con Cero, ahí, en el umbral de la puerta aquella mañana interminable del sábado y el guerrillero llamando a los músicos, a los del conjunto típico y a las mujeres, avanzo unos pasos, Boutique Lulu para la mujer elegante, llamando a las mujeres por su nombre y apellido y aquella voz retumbando en el ambiente sitiado de pánico: María — de — González — Julia — de — Rivera — Berta — de — Vallarino — Marta — de — Ramírez — Julieta — de — Arosemena — Mariana — Morales — María — Enriqueta — de — Garrido y Queta, lívida, acercándose donde Monseñor, lívida y sin aquella sonrisa compuesta de siempre, La Peninsular Life Insurance Company lo asegura a Usted contra todo, lívida y solicitando con humildad, Su Señoría, interceda para que me dejen sacar unas cuantas mudas para mí y mis tres hijos que desde ayer tarde, digo, desde que los mandé a casa de mis padres, andan con la misma ropita y el guerrillero entrecerrando los ojos para ver mejor a su contrincante y accediendo con un sentimiento de triunfo, ya les hemos dicho, Señora, le decía, somos un movimiento humanitario que respeta la dignidad humana, llévese la casa entera si quiere, eso no nos interesa, oígalo bien, Señora, no-nos-interesa y, luego, con un ademán del que está acostumbrado a jugárselo todo

porque él nada tiene, sí, vaya, mujer, vaya ahora mismo, y tú, Mariana, tú que apenas si que disimulabas tu fastidio ante Queta, Attias'Imported Fabrics acepta tarjetas de crédito Diner's Club — Master Charge — BancUnion, tú que acaso hasta por un brevísimo instante te identificaste con Cero, mirando impúdicamente a Queta, la pecosa Queta, la pelirroja Queta, tú pidiéndole al guerrillero quedarte, sí, hombre, no te asombres, quedarme he dicho, hasta el final del asunto, y el otro, sorprendido primero y después consintiendo, bueno, quédese, Usted, y yo, Mariana, captando tu deleite ante el triunfo alcanzado sobre la debilidad infantil de mi mujer, que se alejaba lloriqueando, moqueando, temblando por el corredor de la casa para regresar más tarde, siempre en compañía de un guerrillero, con dos maletas repletas de ropa y Cero otra vez ahí, llamando a los músicos, entregándoles los bongos, los violines, los triángulos, las maracas, llamando luego a los del conjunto típico, a los mesoneros, a los empleados de la casa, dirigiéndoles una arenga, diciéndoles que los ponemos en libertad porque ustedes son gente sencilla y Queta siempre lloriqueando, buscándome con los ojos y de pronto ya no los vimos y la tensión dentro de la casa subiendo, subiendo y ahora levanto la vista y leo compre / venda / alquiler / reserve / disfrute / escoja / obsequie / vista / invierta / aprecie / luzca / destáquese de París a San Francisco, de Panamá a Madrid / la novedad / la inspiración / un distintivo / un símbolo de prestigio, elegancia y señorío, y el lobby del Hotel Continental repleto de seres que entran y salen, Hoy Patricio y Antonia en el Conquistador, que se beben un trago en el bar, que firman un documento y conversan con el socio local, que exigen, Usted nomás deme las cifras, las cifras, amigo, que juegan en el casino y se fuman un puro

cubano con la misma indiferencia con que se acuestan con la fulana que conocieron hace una hora en el Play Boy Club o en El Intimo, y aquí se está bien, Mariana, lejos del sol que quema, que te quita la respiración y otro minuto y otra hora que pasa y el cartelón, ahí, me topo con él, está claro que alguien acaba de pegarlo en los azulejos de la pared del hotel, lo leo:

NI DEFENSA CONJUNTA,
NI DEFENSA UNILATERAL
BASES NO
ENERO SIEMPRE PRESENTE

lo vuelvo a leer y me detengo un instante para ver la fotografía del sujeto ensangrentado que aparece tirado en el suelo, con la boca destrozada y abierta, con los ojos hinchados, desfigurados como dos bolas de golf y me pregunto, caraste, Mariana, si será ésa la verdadera cara del panameño, me lo vuelvo a preguntar, las manos y la boca temblándome, y echo cuentas, hace exactamente once años y diez meses de aquel 9 de enero, doy un paso adelante, me detengo, las manos y la boca temblándome, y sigo caminando y estoy seguro que el 9 de enero para mí fue y sigue siendo la carta aquélla de mi viejo diciéndome que anoche, Tito, el Presidente suspendió relaciones con los Estados Unidos y yo refiriéndole el asunto a Roberts, mi profesor de Derecho Internacional en Tulane, y la carcajada de aquél, sonora, sí la carcajada retumbando y yo enrojeciéndome, tosiendo, ahogándome, *this makes a fabulous story*, y días más tarde y como para salvar las apariencias, yo llevando aquella carta del Ministro de Relaciones Exteriores a Mr. Secretary of State para que la analizaran todos en clase y la voz de Roberts adusta, henchida de soberbia, *you*

must underline the terms, if you find them, gentlemen, the appropriate use of the terms that might denote the conflict between the two countries:

Señor Secretario de Estado —: leímos la carta —

En nombre del Gobierno y Pueblo de Panamá presento a Vuestra Excelencia formal protesta por los actos de despiadada agresión llevados a cabo por las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos de América acantonadas en la Zona del Canal, contra la integridad territorial de la República y su población civil indefensa durante la noche del día de ayer y la mañana de hoy.

La injustificada agresión a que antes me he referido, sin paralelo en la historia de las relaciones de nuestros dos países, ha tenido hasta ahora para nosotros los panameños un trágico saldo de diez y siete muertos y más de doscientos heridos. Además, los edificios y bienes situados en ciertos sectores de la ciudad de Panamá colindantes con la Zona del Canal han sufrido daños de consideración como consecuencia de los incontrolables actos agresivos de las Fuerzas Armadas norteamericanas.

La forma inhumana como la policía de la Zona del Canal y luego como las Fuerzas Armadas norteamericanas agredieron a una romería de no más de cincuenta jóvenes estudiantes de ambos sexos de escuela secundaria, que pretendía desplegar en forma pacífica la enseña nacional en esa faja de territorio panameño, carece de toda justificación. El incalificable incidente ha revivido episodios del pasado que creíamos que no volverían a ocurrir en tierras de América.

Los condenables actos de violencia que motivan esta nota no pueden ser disimulados y menos tolerados por Panamá. Mi Gobierno, consciente de su responsabilidad, hará uso de todos los medios que ponen a su alcance el Derecho, el Sistema Regional Americano y los Organismos Internacionales, con el fin de lograr justa indemnización por las vidas truncadas, por los heridos y por los bienes destruídos, la aplicación de sanciones ejemplares a los responsables de tales desmanes y las seguridades de que en el futuro ni las Fuerzas Armadas acantonadas en la Zona del Canal ni la población civil norteamericana residente en esa faja de territorio nacional, volverán a desatar semejantes actos de agresión contra un pueblo débil y desarmado, pero decidido en la defensa de sus derechos inalienables.

Finalmente, cumpla con informar a Vuestra Excelencia, que debido a los sucesos a que antes me he referido, el Gobierno de Panamá considera rotas las relaciones diplomáticas con su Ilustrado Gobierno, y en consecuencia, ha impartido instrucciones a Su Excelencia el Embajador Augusto G. Arango, para que regrese cuanto antes a la Patria.

Aprovecho la oportunidad para manifestar a Vuestra Excelencia seguridades de mi más alta consideración.

Garrido sigue caminando. La carta... Eso ya es letra uerta. Se detiene sólo una vez y eso a la altura de Félix Maduro y con el fin de admirar unas camisas Arrow

de seda que se exhiben en la vitrina. Unas camisas preciosas. No ha podido dejar de observarlas. Los brazos y el cuello los siente pesados. 9 DE ENERO, ibases no! , ibases a ningún precio! Con un movimiento brusco se lleva la mano derecha a la frente. Sabe que debe olvidar esos muertos, la sangre, la histeria colectiva, olvidar, en fin, para volver a ser lo que ha sido hasta la víspera del maldito secuestro. Imposible. Unos segundos y todo el orgullo... Aligera el paso y desemboca en la Via España. De ahí a la oficina es sólo un salto. Mira el reloj, son apenas pasadas las dos de la tarde, la gente que retorna a las oficinas, a los bancos, a los comercios bajo el peso de una indiferencia sin nombre. Alza la vista y lee: FOR RENT / SE ALQUILA OFICINA alfombrada, con aire acondicionado y ascensor automático, 30 M2 / AQUI SE CONSTRUYE EL FUTURO HOGAR DEL BANCO DE SANTANDER Y PANAMA. Más allá, divisa las dos torres de la Iglesia del Carmen, arquitectura neo-gótica, horrenda, me comentó el gordo Paolo, la única vez que visitó Panamá hace más de cinco años, cinco años, o sea, cuando todavía no me había casado con Queta y pensar que dentro de diez ya Robertito será casi un hombre y yo casi un viejo, bajo la cabeza, y el sol, el maldito sol devorándome, forzándome a ponerme otra vez los dichosos anteojos oscuros que me dan este aire de piloto de Iberia que tanto aborrezco, tengo que aligerar más el paso, otra vez las voces chillonas, los gritos, las órdenes de los obreros, el ruido de los camiones, de las gruas inmensas que trabajan en la construcción del rascacielo del Banco de Tokio, qué ganas, Mariana, de llegar ya a la oficina y darle las órdenes a Marta y largarme a la casa y darme un baño bien frío, abro la puerta de vidrio a prueba de rayos solares, VIA ESPAÑA 120, leo y carajo, todo un mundo

de rostros sin nombres que regresa, que se me cruza rápidamente por las pupilas, ibases no! ibases a ningún precio, Garrido! , y aquel amanecer del domingo, angustioso, y la humedad y sólo los perros aullando en los quicios de las puertas y en la boca una masa de saliva amarguísima y veo sobre la pared de ladrillos rojos de barro pulido, escrito en letras inmensas,

EN CASO DE INCENDIO USE SOLO LA ESCALERA

Miro el espejo,

EN CASO DE INCENDIO USE SOLO LA ESCALERA

—Doctor Garrido, hacia acá, por favor, hacia la cámara.

El flash de un periodista relampaguea cegando a Garrido momentáneamente. Luego, otro flash y otro y otro y él se abre paso a codazos entre los que lo aguardan al salir del ascensor.

—Lárguense — murmura entre dientes.

La puerta de madera que conduce a la oficina le parece lejísima mientras camina, un codazo aquí, Que sera-t-il du traité, Monsieur Garrido? , otro allá, un pisotón bien dado, Pensa lei che il Governo deciderà la questione delle basi per plebiscito? las losetas manchadas de amoniaco, cuatro piernas, ifotografíale la cara, Alvaro! , sigue abriéndose camino a codazos, have you talked to Bunker since the assault? , los ojos que le suben y le bajan y le vuelven a subir, ¡Sométanse al silencio impuesto por el Premier! , grandes risotadas y otra vez los flashes, merde! , ino seas pendejo, Garrido! ; una silueta blanca con camisilla blanca y zapatos blancos lo sigue:

—Please, Mr. Garrido, John Stuart from the *Wall*

Street Journal.

—Get lost, will you?

—Please, Sir, it's for more than a million readers up in the States.

—So what...

—It's for your own benefit, Sir —. Y por primera vez lo vuelvo a mirar y él rápidamente saca el carnet de identificación del diario y me lo enseña.

—O.K. but, you alone, no photographer, you understand? , no photographer.

—Thanks a lot.

—Come in, fast and close the door behind you.

Una vez adentro, Garrido no se mueve, no dice nada, sólo respira agitadamente y ve de reojo al gringo que está inmóvil, a su lado, y le hace un ademán para que se siente y otra vez cae en cuenta que las manos le sudan. Marta llega con un vaso de agua helada y se lo entrega.

—Gracias, gracias... Me sorprendieron, carajo. Creí que los corresponsales extranjeros también obedecerían al Premier; que dejarían el asunto en silencio.

—¡Qué va, don Tito! Esa es la única vida que conocen.

Primero es la voz suave y familiar de Marta, luego, un murmullo que se hace cada vez más cercano y unos golpes, pan-pan-pan, puñetazos y puntapiés en la puerta que he cerrado con llave y la excitación de los periodistas y los gritos, te niegas a un notición, abre la puerta o la tumbamos a patadas, cabrón, y el pánico que vuelve, aquí, las piernas y los brazos temblándome.

—Marta, llame a la Guardia para que los disperse. Informe de pasada al Gobierno y Justicia. Es bueno que lo sepan...

—Inmediatamente, don Tito.

Ella queda en el teléfono, mientras yo le hago una señal al gringo que me siga y trato de esbozar una sonrisa, de conservarla, así, en la cara un minuto como para causarle, tarde, es cierto, una buena impresión al reporter del Wall Street Journal, y juntos pasamos a mi despacho y yo, Mariana, enciendo luces, las apago, voy hacia el cortinaje, lo descorro, me encamino hacia mi escritorio, dejo ahí el portafolio, me abro el saco, busco los cigarrillos y le ofrezco uno al gringo, se lo enciendo y el otro esperando de pie, emocionado de que haya accedido a recibirle, pensando seguramente en el artículo que escribirá, que si es bueno será publicado en otros periódicos y tal vez hasta traducido después, y si es muy, muy bueno, capaz hasta le gana un Pulitzer y eso que sólo tiene treinta años pero ya ha pasado por Viet Nam, y ahora Panamá y en este negocio, mujer, hay que moverse, correr, desaforado, detrás de los hechos, de las noticias, si no, qué va, viene otro y, caraste te dejan podrirte en un asiento de la redacción y lo peor, te cae encima el desprecio de la gente que vale la pena, y veo los ojitos de Stuart, ojitos de Terrier, ocultos detrás de un par de cejas estilo Glenn Ford que me miran esperando, tal vez, la señal para sentarse y yo se la doy y observo cómo extrae del pantalón kaki una grabadora pequeñísima, de esas de batería, y la pone sobre la mesa.

—Sir, if you wish, we can speak in Spanish.

—Claro que sí, lo prefiero — le digo y me pregunto cuándo, cómo y dónde habrá aprendido el español este hombre y él mismo se encarga de aclararme el asunto cuando abre la boca y escucho que habla con acento tejano.

—¿Qué porcentaje del pueblo representa el Comando Urraca? — me pregunta y habla suavemente, habla despacio, al punto casi de desesperarme y yo le clavo la

mirada y le contesto con tono de navaja afilada.

—Una advertencia, joven, y que esto quede bien claro: nada de tocar el tema del secuestro; nada, ¿me oye? . En todo lo demás, complacido, pero ese tema, de antemano, prohibido — le repito.

—O.K., O.K., as you wish — me dice, y lo más probable es que no le gusten las reglas del juego y que murmure por lo bajo s.o.b. varias veces, pero, qué carajo, él sabe que es mejor esto que nada y yo doy una larga chupada al cigarrillo, arrojo una nube de humo, toso, me levanto y voy hacia el intercomunicador:

—Marta, por favor, dos cafés; I gather you like coffee?

—Yes.

—Black?

—I suppose so.

—Yes or no?

—Yes, yes.

—Tintos, Marta, tintos—. Y me siento en uno de los sillones frente a Stuart y sigo fumando, así, varias chupadas seguidas y el humo que nos va envolviendo y yo que ya he asumido una postura impersonal, distante, tal como a los gringos les impresiona bien, como les gusta, ¿cuándo comenzará este hombre a lanzarme las preguntas? , otra chupada, silencio, se está organizando, lo veo que busca algo en los bolsillos, de la camisilla blanca, ya, una libretita diminuta, pasa rápidamente las páginas, anota algo, corrige, me llevo los dedos a la calvicie, la palpo, húmeda, las hebras de pelo, húmedas, me palpo las sienes, ¡o nos vamos todos o nos morimos todos! , y la tensión subiendo y aquel teléfono que sonaba y volvía a sonar y la voz de un periodista y otra vez silencio y el calor asfixiante porque habían desconectado, por el ruido, los aires acondicionados y otra

vez el teléfono y por las expresiones de Cero comprendiendo que había dificultad en reunir los tres millones de dólares y una de las guerrilleras registrando minuciosamente armarios, gavetas, escritorios, registrando sistemáticamente alfombras, cojines, sillones, abriendo con un formón la caja fuerte, dejando las joyas y los documentos adentro, y aquel radio transistor de Cero siempre encendido y los relatos y los comunicados de Radio Libertad, RPC, Radio Impacto, constantemente los comunicados, y aquellas marchas a toda hora, las campanitas, los xilófonos, las flautas de aquellas marchas aumentando la tensión y Cero obligando a Joaquín que se comunicara con éste, con aquél, venga, pero hágalo de rodillas, y de rodillas y con la pistola apuntándole las sienes le hacían avanzar hasta el teléfono, hable, dígame a esos histéricos que moderen las informaciones, que los tratamos bien, oiga, que los tratamos bien, ¡icoño! , una bofetada, que los tratamos bien...

—¿Cuándo comenzaron las actuales negociaciones?

—Al fin ha formulado la pregunta, lo miro, nos miramos, echo la cabeza hacia atrás, trato de organizarme, sí, las actuales negociaciones, Garrido, cuidado, se te acusa de revisionista, calla, en verdad lo soy, lo somos, lo es también él, eso es, Mi Coronel, Mariana, es un revisionista como tantos, pero dicen lo contrario, lo han llegado a acusar de comunista, las palabras no quieren decir nada, los actos, eso es, ahí está el asunto, acéptalo, se trata de un tipo moderado, hay que reconocerlo, moderado, un tipo valioso, una buena mezcla de la Normal de Santiago y la Escuela de las Américas de Fort Gulick.

—Como ustedes saben —hablo despacio, la historia es larga, pero hay que relatarla, eso es, la historia es larguísima, me enderezo, enciendo otro cigarrillo, le

ofrezco a Stuart uno de la cajetilla —como ustedes saben— —repito—, Panamá y Estados Unidos acordaron negociar un nuevo tratado en 1962, cuando el Presidente Chiari visitó al Presidente Kennedy en Washington, pero esto quedó en nada hasta después de los sucesos de enero del 64. —Hago una pausa, miro hacia la grabadora que da vueltas y otra vuelta y otra. —En enero del 64— —continúo— las relaciones entre Panamá y Estados Unidos llegaron a un punto crítico a consecuencia de los sucesos lamentables ocurridos con motivo del “incidente de la Bandera” que convirtió la línea divisoria entre Panamá y la Zona del Canal en un verdadero campo de batalla—, otra pausa, saco el pañuelo, el sudor en la frente, corriéndome, ahora, por el cuello, ¡Ni defensa conjunta, ni defensa unilateral, bases no, enero siempre presente! —Estos tumultos —continúo— tuvieron su origen en el desacato de un grupo de estudiantes del Balboa High School a la orden del Presidente Kennedy que la bandera panameña debía flamear junto a la de Estados Unidos, en todos los edificios públicos de la Zona del Canal y así lo que al principio pareció ser un brote de indisciplina juvenil, pronto se convirtió en una confrontación bélica entre las fuerzas militares de Estados Unidos con todos sus arcos de combate, y la población civil panameña, que dejó un lamentable saldo de 24 muertos, cientos de heridos y pérdidas materiales cuantiosas y el Gobierno de Panamá consideró que había sido víctima de una agresión y rompió relaciones con los Estados Unidos—, me paso otra vez el pañuelo por la frente, este sudor me debe estar manchando las axilas y Professor Roberts, Mariana, you must underline the terms, gentlemen, the appropriate use of the terms that denote the conflict between the two countries y Marta que entra con la bandejita y nos ofrece a cada uno

una taza:

—Gracias, Marta, Gracias—, le repito, y ella sólo se sonríe y se marcha, the appropriate terms, gentlemen, luego la carta de mi padre, el Presidente anoche suspendió relaciones con los Estados Unidos, los juristas dicen que el Presidente no sabe lo que dice, que las relaciones diplomáticas no se suspenden, que se rompen, y yo refiriéndole el asunto a Roberts y la carcajada de aquél, sonora, sí, la carcajada retumbando y yo enrojeciendo, tosiendo, ahogándome, this makes a fabulous story, young man, a fabulous story, y volteo a ver a Stuart, impávido, pendiente de mis silencios, por dónde iba, ah sí, el rompimiento —bueno— continuo— gracias a la mediación de la OEA, los dos países volvieron a establecer relaciones diplomáticas, en abril de 1964, y en junio, los Presidentes Johnson y Chiari firmaron una Declaratoria Conjunta, mediante la cual los dos países acordaron iniciar negociaciones para la elaboración de un nuevo tratado “que eliminara para siempre las causas de conflicto entre las dos naciones”...

—Poco se habla de eso, ya, Mr. Garrido —me interrumpe Stuart —¿Culminaron en algo esas negociaciones?

—Claro que sí, hombre —le contesto mirándolo y el otro con los ojos dilatados —las negociaciones correspondientes duraron tres años y culminaron con la firma de un paquete de tres tratados que fueron bautizados con el apodo de “Los Tres en Uno” y muchos panameños consideramos que los tri-tratados representaban un avance considerable para Panamá en su larga lucha por liberarse de las duras y lesivas cláusulas del Pacto Hay-Bunau Varilla, pero los cuadros políticos opuestos al Presidente Robles montaron una violenta campaña contra el tratado y Robles que ya no contaba

con el apoyo de la Asamblea Nacional se abstuvo de someter el tratado a ésta para su estudio y ratificación—

Echo la cabeza hacia adelante, me seco ambas manos, sudorosas también, y mi padre cabizbajo, Mariana, el viejo por primera vez realmente derrotado, el Presidente ha rehusado presentar el Tratado formalmente a la Asamblea, está perdido, perdido, repetía, y luego consultándome y yo, por primera vez, sintiéndome útil a su lado y aquellas visitas a toda hora al Palacio Legislativo y las conversaciones con los otros diputados, y las noches y los días otra vez las noches y las madrugadas y las presiones del pueblo aumentando y los partidos políticos cediendo a las coacciones, a las influencias, a las recomendaciones de éste, de aquél, hasta que un día, ¡paf! el asunto reventó, el Tratado no sería presentado ante los diputados y mi padre resguardándose detrás de una barrera de mutismo y los otros legisladores llamando por teléfono a la casa y aquel ring—ring—ring a todas horas y los comunicados por la prensa, por las televisoras, por la radio, y las marchas y Robles que se caía, en cualquier momento se caía...

—¿Cuáles eran las principales conquistas del Tratado del 67? —me pregunta Stuart y, Mariana, ahora todo aquello me parece tan lejano, Mariana, repito tu nombre, vuelvo a pasarme la mano derecha por la frente, y yo sentado con mi padre, los dos subrayando, anotando, tachando, papá, presenta este memo al Presidente, que el pueblo sepa lo que gana, es inútil, Tito, el hombre está perdido, los partidos mandan y le han retirado su respaldo, miro el reloj, las dos y media, los zapatos mojados me molestan, daría cualquier cosa por una ducha fría, tomo la taza entre los dedos y este café, como el anterior, está amarguísimo. —Las principales conquistas de este tratado eran —rápidamente paso a